a la Señora Adela Acevedo
respetuoso homenaje
por comunidad de ideales
SS
C. Onelli

ALFOMBRAS - TAPICES

I

TEJIDOS CRIOLLOS

POR

CLEMENTE ONELLI



BUENOS AIRES
EN LA IMPRENTA DE DON GUILLERMO KRAFT
A. D. MCMXVI

ALFOMBRAS - TAPICES

I

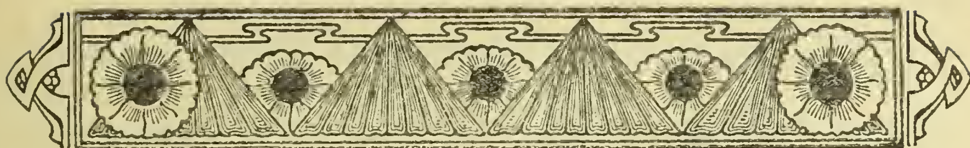
TEJIDOS CRIOLLOS

POR

CLEMENTE ONELLI



BUENOS AIRES
EN LA IMPRENTA DE DON GUILLERMO KRAFT
A. D. MCMXVI



"...Aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba..."

Sarmiento — "Recuerdos de Provincia".

*
* *

Una pequeña corte celestial de viejos santos de talla, encerrados en antiguo armario de caoba, recuerdan un poco, en el vestíbulo de mi casa, la edícula de los lares familiares.

Venía por lo tanto bien, al pie de ese oratorio reunido con gusto profano pero con respeto a las viejas cosas, una pequeña y cuadrada alfombrita hallada en Tucumán y que, otrora, en tiempo de las damas de la falda breve, del peinetón y de la mantilla sevillana, sirvió como el tapiz de la oración de los árabes, para implorar más pulcramente la misericordia divina en los templos del antiguo San Miguel de Tucumán. Parece que de esas flores vivaces de lana, no amortiguadas aún por el tiempo, se exhalara, sutil y sugestivo, el vaho perfumado de los benjuís y de las misteriosas recetas de conventos peruanos para zahumar en pebetero de plata. Las flores se destacan soberbias sobre un fondo negro y brillante como de astrakan.

Madame X., señora intelectual que fué muy linda y aun es lindísima, y que a sus gustos de refinada auténtica une el pequeño lunar de realce de sazonar con muchos franceses su conversación cautivadora, sobre todo cuando se siente en los deslindes entre lo artístico y lo snob, me decía este 23 de Mayo próximo pasado: "Mon cher amì: votre ancien petit tapis de prière es un tesoro; un chef d'oeuvre de arte colonial y al mismo tiempo le dernier cri de la moda; es lo que se usa: des couleurs criards sur noir."

Fué entonces que pensé: los tiempos están maduros; ha llegado el momento de hacer un pequeño compte rendu sobre los tejidos criollos, exhumando las pobres matras y los ponchos magníficos que hace muchos años reuní en mis viajes cuando la cuestión de límites con Chile, y los otros tejidos que he venido reuniendo poco a poco con ese celoso acumular de objetos que hacen recordar las cosas que van desapareciendo debido al progreso.

Los tiempos están maduros: pues hombres de estado como el ex gobernador Cárcano, de Córdoba, y el ya próximo a descender del gobierno, doctor Padilla, de Tucumán, cultores románticos de la tradición y utilitaristas del progreso moderno, rehabilitan bajo el calor oficial viejos telares y tratan de que las viejitas criollas, últimas detentoras del bueno y suntuoso arte antiguo, antes que sus manos endebles y sus dedos temblorosos y su vista ya tan debilitada descansen al fin, transmitan su técnica sencilla, pero casi desconocida, a las criollitas jóvenes y despiertas, a las criollitas de la tez morena cuyos brazos, ora lentamente, ora vigorosamente movidos ante el telar primitivo, repitan por muchas y muchas décadas las bellas escenas de antaño y, dando bienestar al modestísimo y pobre hogar criollo, formen el motivo principal y de vida que complete el ambiente pintoresco y romántico por entre los valles retirados, cuyas laderas saturadas de aromas, encierran en su hosca o exuberante vegetación los secretos de los colores más vivaces y más duraderos exprimidos de sus frutas, de sus tallos y de sus raíces.

Es ya tiempo de que los tejidos autóctonos, viejos pero no antiguos, así de la raza primitiva como de la criolla, entren ya en los museos etnográficos para que la sutil erudición de americanistas como Ambrosetti, busque el trato de unión entre éstos y las industrias prehistóricas, la sagoma del dibujo primitivo, alterado al través de ambientes diferentes, o degenerado por falta de técnicas no aprendidas u olvidadas; hacer concurrir en fin al tejido, que es vestuario y que es abrigo, que es lujo y que es necesidad, a revelarnos otras fases de la evolución cultural de razas desaparecidas, tejidos que quizás puedan decirnos, con más detalles que las piedras y las alfarerías, cosas extrañas y quizás admirables de culturas cuyos rastros (casi en el mínimo sentido de los análisis químicos), han quedado latentes en todos los ámbitos de la República, y sobre todo en el norte.

Yo, por incidencia y como puntos de arranque, recordaré en este breve ensayo a las maravillas incásicas de los tejidos de sus tumbas y cómo éstos y los españoles hayan podido influir en la industria que otrora fué más floreciente, que hoy está casi extinguida, sofocada por la manufactura de telares mecánicos, los que, visten o fabrican por lo

menos taparrabos para todo el mundo, desde las reinas hasta los esquimales y los fueguinos y los antropófagos.

Como dije: Córdoba y Tucumán tienen ya telares a mano de la resucitada industria. A principios de Mayo, Córdoba ha expuesto sus suntuosos tejidos coloniales; Tucumán quizás lo haga en las próximas fiestas julias. Es, por lo tanto, ya llegado el momento de que la cultura argentina impida la destrucción de las pocas reliquias de esa industria que aun quedan de los tiempos pasados y simpatice y haga prosperar los telares a mano de alto y bajo lizo que vuelven a urdir viejos arabescados y floreados motivos, que, con tanta frescura y tanta realidad, brotan originales y magníficos del telar a mano, el que nunca se repite automático hasta el cansancio como los telares de complicada mecánica.

Escribo este pequeño ensayo pensando sobre todo en los ricos homes y en las damas artistas y patriotas que pueden, como los antiguos mecenas, hacer resurgir esa industria suntuaria, cubriendo con la mullida y sobria alfombra criolla el estrado que ha de dar en un ambiente menos exótico el realce característico a la legendaria cultura y belleza de la dama argentina.

Mi colección se compone de poco más de doscientas piezas, reunidas lentamente en más de veinte años según la ocasión y la disposición financiera de mi modesto bolsillo. Ahora, que me hago la ilusión de hacer apreciar y valorizar los tejidos criollos, no me ocuparé ya en comprar ni una sola pieza, por razones que se sospechan. Entre esos doscientos tejidos diferentes que poseo, he elegido una corta serie como tipos principales de la industria, agregando la randa o filet de Tucumán para completar el conjunto de la monografía, hecha sin pretensiones de técnico, ni de arqueólogo ni de etnólogo; he trabajado en ella con amor, consultando viejos libros y apartándome completamente de las grandes y valiosas piezas de museo, que no tengo y que no he visto, o de colecciones que no conozco, dedicándome solamente a las mías como un pequeño tesoro que poseo y haciéndome la ilusión de que no existe otro.

Tengo una idiosincrasia curiosa: para estudiar y para tratar una cosa con amor, debe ser mía materialmente o, por lo menos, tengo que estar persuadido moralmente que es como mía. Me parece que solamente así puedo cumplir con celo con lo que me impongo.

C. O.

I

Al querer coordinar mis ideas y al tratar de analizar con mayores detalles los tejidos criollos e indígenas que intento ahora clasificar, la disciplina del naturalista y las facultades imaginativas se agolpaban en mi cabeza en tropel, para obtener los orígenes y las fuentes primitivas. Las telas de los Faraones, los telares helénicos de la Odisea, aquéllos de la Roma republicana, me parecían excelentes sugestiones que, desgraciadamente, no podía desarrollar sino por malos clichés de diccionarios enciclopédicos, pero era más elegante y quizás más acertado, "conmover del Inca las tumbas", utilizando preciosos fragmentos de tejidos pre-colombianos, obtenidos del anticuario don Mauro Pardo, peruano establecido en esta plaza, y comprobada su autenticidad por el profesor Herrera, de la Universidad del Cuzco.

Y me fué grato, y abrí, con el respeto que se debe a las reliquias, las fajas y los pañales fúnebres de una tierna criatura incásica, hallada en una tumba de la costa del Pacífico, y donde dormía el eterno descanso, apoyada su cabeza en lo que debía ser más tarde su pan, y que ya era uno de sus dioses: la espiga del çara: el choclo bien granado y de menuda semilla. ¡Oh, la pobre criatura! No era seguramente aristocrática hija de una Palla ni de un Curacas, sino de modesta gente del pueblo, como lo denuncian sus fajas de urdimbre gruesa y de lana del ganado común: la llama. Murió casi al nacer, como lo atestigua el fragmento de cordón umbilical, excelente obsequio para los cortes histológicos del sabio Ch. Jakob. (Figs. II y III).

Al examinar el punto de esa faja de cuatro metros de largo y diez centímetros de ancho, reconocí fácilmente la misma trama y la misma urdimbre generalizada en todos los tejidos de menor cuantía de factura criolla y en todos los tejidos que confeccionan los indígenas de la República, desde el Chaco hasta la frontera del estrecho de Magallanes.

A mi parecer no es admirable esta observación, ni de mucha consecuencia, porque constituye el punto de urdimbre más sencilla y tales tuvieron que ser las telas toscas de los pueblos primitivos, como tales resultan todavía en todas partes del mundo. Era, por lo tanto, para mí un antecedente como aquellos de familia que solicitan los médicos (mi

tío-abuelo, mi padre tuvieron una indigestión. . .) y que, naturalmente, los médicos desechan al fin.

Mucho más interesante y mucho mejor antecedente para el estudio del origen de los tejidos, lo forma el pequeño grupo de diez y ocho fragmentos de telas incásicas finas encontradas entre las ruinas del Cuzco y que, por sus diferencias de material textil, de puntos, de colores, de dibujo, pueden servir realmente para decir si la tradición y la costumbre, legadas de generación en generación, han llegado hasta nosotros perfeccionadas, alteradas o degeneradas.

Y me resulta que los tejidos actuales lisos, sean indígenas o sean criollos, en el manufacturar ponchos y matras, mantienen el punto llamado en el arte del tejedor actual cannetè (ponchos-pampa, de vicuña, de guanaco y de hilo), más o menos apretado y menudo, pero que no llega jamás a la perfección del tejido del uncú (la camisa, pero sólo las del Inca, de las Pallas y de los Curacas), como el pequeño fragmento, todo dibujado a mano, que poseo y que Garcilaso de la Vega, en sus comentarios reales, dice que era tejido por las Doncellas del Sol, las Acllas.

La punta extrema y redondeada de una yacolla, que tal era el nombre de los ponchos en quechua, está urdido en el mismo punto, pero mientras el primero, el uncú, es de algodón, éste, por lo que se ve al microscopio, es de lana de llama.

Me apuro a declarar que esto de saber diferenciar las clases de lanas no es un trabajo científico del otro mundo, sino una práctica paciente que deberían conocer todos los vistas de aduana. Este fragmento de yacolla, muestra mejor que los otros pedazos de la colección, la manera cómo los dibujos que parecen entretejidos a guisa de los de un gobelino, están aplicados de una manera cuya técnica se nos escapa, pero que se vislumbra en las descripciones del mismo Garcilaso de la Vega, cuando dice que se servían como de un bastidor hecho o de la boca de una olla, o de una calabaza partida por el medio, para que la tela estuviese tirante y pareja; y con aguja hecha de una espina y con hebras de lana del mismo grueso de la ropa, pasaban por la urdimbre y volvían por la trama o para zurcir o para aplicar, o mejor dicho, engarzar dibujos. (Dibujo quinto de la figura I).

Sin embargo, el pequeño trozo de tela, al que he puesto el número 12, y el otro que lleva el número 10, demuestran que sabían también hilar como en los telares de alto lizo, a estilo de gobelino, con la sola diferencia que, en el número 12, no hay revés sino dos derechos (se conservan en Rusia fragmentos de telas con dos derechos y que son

del cuarto siglo antes de Jesucristo), mientras que, en el 10, hay derecho y revés.

Los fragmentos de tejido, números 6 y 8, que parecen ser dos vinchas, me declaraba el señor ingeniero Camilo Purricelli, de la Fábrica de Tejidos de la Sociedad Industria Italo-Americana, que sería difícil ejecutarlos hoy con los telares Jacquart y tampoco con los telares tubulares para cierta clase de corbatas, pues estas vinchas tienen en su interior un grueso embutido que forma parte de la urdimbre y que aparece en determinados puntos como dibujos: en uno, aparece representando quizás un yacaré, en el otro una variante de la greca incásica. Muy curioso es que, el primero de estos dibujos, parece una imitación de la marca puesta en todos los viejos gobelinos de Brujas. (Tricromía 6).

Es el momento de decir que esta segunda vincha, con sus dibujos, me ha sugerido la idea, muy verosímil, que el pequeño trozo de madera labrada y perforada servía quizás de molde en el telar, desempeñando una función más directa que la de los cartones en los gobelinos: eso explicaría también la exactitud de los motivos cuando se repiten muchas veces en las piezas de la tela. (Fig. IV).

El pequeño trozo marrón, al parecer de lana, de urdimbre rala y muy común, tiene dos caras humanas, de color amarillo, las que han sido bordadas a mano con el sencillo punto llamado ahora de cadeneta. He dicho: al parecer de lana, pues el tacto y la vista, aun a los peritos, denuncian lana. Era tan seguro eso que ni ensayé el vulgar procedimiento de quemar las fibras y ver los restos carbonizados: quería saber al microscopio si era lana de alpaca o de llama, y el instrumento denunció, de manera categórica, que era algodón. (Figs. VIII y IX, y 2 de la tricromía).

La pieza número 7 demuestra que ha sido tejida en dos veces y después cosida con el punto que se llama de costura en los gobelinos y que lo usaban también los incas: el conjunto tiene el interesante detalle que sus redondeles, de factura primitiva, han sido como estampados. El tejido que más se diferencia de todas las concepciones modernas que tenemos del telar es el número 5, en la parte central de la tricromía, constituído como por un damero de colores diferentes y en el cual cada color se sigue en diagonal y como en losange, a pesar de que en las líneas verticales y perpendiculares de ese damero hay el último hilo, del rojo, por ejemplo, que, con técnica de pasamanería, se dobla y va a formar el primer hilo de la trama del verde. Se me ocurre que tampoco aquí ha intervenido el telar sino pequeños bastidores hechos con medias calabazas, tal como un mate, pero con hueco cuadrado, bastidor en el que se tejían uno a uno, en losange; en estos cuadraditos,

el hilo de la trama se dejaba suelto y largo para meterlo en el otro color, y el hilo de la urdimbre seguía, como he dicho, en losange para formar el otro cuadrado. Como no se han de "conmover del Inca las tumbas" no he de temer que alguien venga a rectificarme.

He tenido mis razones al dejar para el último el pequeño e insignificante trozo de huincha, número 14, de varios y vivos colores, con pequeñas bolsitas de adorno, hecho visiblemente a punto de media; pues al observar el cliché de un telar griego, sacado de un antiguo bajo relieve (ver la figura I), encuentro mal aplicado a éste el nombre de telar de Penélope. Como es sabido, esta apetecida viuda que quería conservar los tres años protocolares de luto por la muerte de Ulises, su esposo y rey de Laerte, declaraba a la rueda de flirteadores que la sitiaban que, una vez terminada de tejer la tela que tenía entre manos pasaría a segundas nupcias con uno de los presentes. Y la historia, que tiene sus entrometidos que espían a las viudas por el ojo de la cerradura, nos dice que a la noche, a la luz de las antorchas, deshacía el trabajo de la tela, hecho en el día. Bien, pues, esa clase de telar de tejido común con apretada de nudo y abatanamiento, no permite en absoluto deshacer la tela; paréceme, viendo que el tejido de punto era conocido también por los Incas, que a la noche, Penélope, la creída viuda de Ulises podía deshacer de un tirón y casi sin necesidad de antorchas, el amplio trozo de tela ejecutado con el punto de media.

Esto es lo que he creído observar en detalle en los fragmentos de telas incásicas que poseo; pero además, en conjunto, la corta colección sugiere la observación de otros detalles, entre los que se destaca, sobre todo, la excelente y justa torsión de todos los hilos; muy superior a la que se obtiene con los medios mecánicos de ahora. Es sabido por la técnica, que se puede leer en cualquier manual de la industria, que la buena torsión lleva consigo un aumento de resistencia y la tela resulta menos elástica: a esta falta de torsión se debe la deformación de los trajes y sobre todo las rodilleras de los pantalones, tan común en la gente muy activa como detestada por los elegantes. Me parece que los incas exageraban un poquito la torsión, confeccionando telas más finas, sea de lana o de algodón, sobre todo cuando tejían con el punto llamado canneté. La razón de este exceso de torsión y de apretado en la urdim-

bre nos la dan los ponchos finos modernos de vicuña y de guanaco: se trata, sencillamente, de hacer al género menos permeable al agua, cosa que se obtiene suficientemente bien. Es fácil así comprender por qué el uncú destinado a la familia real y gente de la corte incásica y que, como he dicho, era tan sólo una camisa, siendo por lujo tela relativamente delgada, había que hacerla de hilo bien torcido y de punto bien apretado, para que fuera lo más impermeable posible. Eso era necesario porque en el Cuzco hacía frío y llovía; los incas no conocían otro tapado y andaban todo el día en mangas de uncú.

En la técnica moderna, en los tejidos confeccionados con mayores cuidados, se trata, por lo menos en teoría, de que la torsión de los hilos siga la inclinación natural de la voluta de las fibras; pero, en la realidad, al desarmar un hilo torcido de una tela moderna, se encuentra casi siempre que las fibras han sido torcidas al acaso, pues esos pelos destorcidos, mirados al microscopio, demuestran que el ideal de la torsión artificial no ha sido tenido en cuenta. No puedo decir absolutamente si la torsión incásica fué hecha al acaso en sentido inverso o favorable a la inclinación natural de torsión de las fibras mismas, pues éstas son ya tan viejas que, al deshilachar el hilo, éste ya no responde en ningún sentido: puede decirse que la fibra está muerta. Los ponchos actuales de guanaco y de vicuña, hechos con prolijidad, tienen la torsión del hilo que acompaña la inclinación natural de la fibra: eso se obtiene empezando a hilar el vellón por la base. Publico, además, una microfotografía de una fibra sacada de un puñado y que es casi seguramente de pita: son hilachas mal desfibradas, trabajadas a medias y encontradas en una redecilla en una tumba incásica; esta fibra, a pesar de los siglos que han transcurrido, denuncia todavía bien claramente los vasos espiralados y traqueiformes propios a vegetales. (Fig. VII).

Los tejidos incásicos, por lo menos los de mi colección, parecen haber sido trabajados con ambiente húmedo, pues ni con lente de fuerte aumento pueden decirse peludos. En los tejidos modernos me resulta que las telas trabajadas en Tucumán y Chile son poco peludas, probablemente por el ambiente húmedo, mientras que las que tengo a la vista de Córdoba, Catamarca y Santiago del Estero, aun las de punto más apretado, presentan, vistas con lente de aumento, mayor cantidad de vello, y eso es debido al clima más seco de esas provincias.

En el tejido incásico, como en los actuales, el retorcido no se hace con un cabo solo; son muy frecuentemente tres o cuatro cabos que se tuercen juntos, como en las buenas telas modernas.

En las telas modernas groseras, hechas a mano, y aun a máquina, se presenta un defecto llamado en la técnica "cargolí"; defecto muy

visible en una clase de seda que estaba de moda hace cuatro o cinco años y que se llamaba "tussor", defecto también muy visible en los tejidos hechos a mano, o aun mecánicamente, en los géneros que nos vienen de Irlanda y de Escocia y que se llaman "homespum". Este cargolí es un defecto producido en un punto de la tela por menor número de fibras y éstas exageradamente torcidas: la prolijidad de los incas no daba lugar al cargolí en sus telas, como no lo tienen tampoco los mejores y más finos ponchos de vicuña, de guanaco y de hilo.

Dicen los sabios que ciertos detalles insignificantes de costumbres y que se encuentran repetidos a largas distancias, pueden corroborar la idea de una comunidad de origen, que se ha olvidado. Tenemos entonces una prueba contraria de esa aseveración en el hecho siguiente: los indostánicos primitivos, los egipcios de los faraones, los fenicios y el pueblo de Israel por prohibición expresa de la ley mosaica, no debían en sus tejidos mezclar fibras y lanas de diferentes clases. Los incas estaban libres de este prejuicio: frecuentemente, en sus telas con dibujos, tienen algunos hilos de algodón, sobre todo para dar relieve blanco a esos dibujos; es explicable: las lanas de sus ganados, casi siempre obscuras, no podían teñirse de blanco, mientras que el algodón lo es por naturaleza. El más curioso tejido de esa mezcla es uno de estambres y trama muy ancha, al estilo de ciertos trapos de algodón que usan los maquinistas para limpiarse las manos, groseramente hecho, como por gente que no sabe hilar bien el algodón por ser quizás de fibra muy corta, y al que en la hiladura han agregado un poco de lana larga de guanaco para producir más fácilmente estos hilos; paréceme que es el taparrabo que Garcilaso de la Vega llama "chahuhar", el que, por el hilo-pretina que lleva en un costado y por su tamaño, responde completamente a la descripción de ese somero vestido usado por ciertos primitivos, sujetos al Inca, pero aun no bien civilizados. (Fig. VI).

He fotografiado este chahuhar junto a otro pequeño trozo de tejido de algodón que en su parte lisa es aproximadamente del mismo espesor de un género de algodón cribado de los albores de la Independencia, fabricado en Corrientes, para el fleco de los calzoncillos de gala del gaucho, y que, el señor Juan Carlos Amadeo lo obtuvo para mí de su señora madre doña Delfina Artayeta de Amadeo. Pero la tela incásica

tiene una orla de cinco dedos, de algodón también, y donde la trama se ha enriquecido con algunos hilos color marrón, y la urdimbre es toda marrón, resultando unos cuadraditos en losange, con una diminuta greca incásica en el centro, la que, vista al revés y contra la luz, parece figurar las iniciales I. R. (Fig. VI y la Fig. XX para el tejido correntino).

Garcilaso dice que, en las tierras calientes, los incas andaban vestidos de algodón, y en las tierras frías, de lana; eso, sin embargo, me parece no obstar para que, según el cambio de las estaciones, y sobre todo en países frescos como el Cuzco, alternaran las dos clases de tejido, de acuerdo con la temperatura.

Según el mismo Garcilaso (habrán comprendido los lectores que este primer criollo escritor es el autor de mi predilección), una de las atribuciones especiales de los incas correspondía a lo que ahora se llama aquí Intendencia de Guerra y de Marina: se proveían de grandes cantidades de víveres y de lanas, éstas en vellón o tejidas, para abastecer a sus súbditos. La lana se obtenía, no tan sólo de las llamas y de las alpacas en semidomesticidad como nuestras ovejas, sino también de los guanacos y de las vicuñas salvajes que, en determinadas épocas, por medio del "cerco" (manera de cazar bien americana), embretaban en determinados puntos, esquilaban y, cosa inconcebible para nosotros que llamamos ya plaga nacional a los guanacos, volvían a dejar en libertad, previo recuento de ese ganado silvestre y destrucción de los animales enfermos y de algunos machos que estaban de más, y en la nueva esquila sabían si esa hacienda arisca había aumentado o disminuído.

Esta esquila se hacía en todas las regiones bajo el dominio incásico, dirigidas por miembros de la dinastía o por sus prefectos llamados curacas, y una vez tejida esa lana por las lugareñas, venía distribuída en los "tambos" o depósitos fiscales, para ser aprovechada según las necesidades de la población. Un régimen sabio, socialista y del todo igual al régimen de gobierno que tenían los jesuítas en sus misiones del Paraguay, y que parece igual al programa máximo y terminal del socialismo moderno, pero admisible tan sólo para razas humanas remisas, sumisas, sin iniciativas y sin nociones del bienestar que da el progreso. Los incas y los jesuítas conocían bien a sus pollos, o sea la idiosincrasia apacible y apática de las razas autóctonas americanas.

Hasta ahora he hablado de regular y fuerte torsión en la hiladura de las fibras en los tejidos incásicos. No poseo en mi colección ningún trozo de estofa precolombiana con poca torsión y muy escasa apretadura de la urdimbre, clase de tejido blando y suave, ideal para la lana de vicuña. Es de suponer, sin embargo, que, sabiendo urdir lo más difícil, con más razón debían hacer lo más fácil. Encuentro además dos hechos que me hacen suponer la abundante producción de esos blandos cheviots, pues en el sexto libro de los comentarios reales, dice Garcilaso: "No supieron la invención de los colchones: la ropa de la cama toda era de mantas y frazadas de lana de vicuña, que es tan fina y tan regalada que se las han traído para la cama del rey don Felipe II. Echábanlas debajo y encima."

El otro hecho es que, en el norte, ha quedado la palabra quechua "puyo" para designar ciertas jergas suficientemente blandas y muy velludas, de lana poco torcida y de trama floja, cuya técnica exageran aún más en algunas frazadas, como la de la figura XXVI, y que son muy parecidas a las comunes mecánicas que antes de la guerra se importaban casi totalmente de Europa y que ahora se envían confeccionadas por millares a los ejércitos del Viejo Mundo.

Ahora es interesante tratar esos tejidos incásicos bajo la faz de sus dibujos y ver así si han influenciado con su estilo, o por lo menos con su "allure", a los tejidos criollos. Ante todo hay que observar que el primero y más precioso fragmento corresponde exactamente a las muy modernas imitaciones de gobelinos, pintados sobre tela adecuada y cuyo gusto fué introducido en el país por dos artistas italianos: Menghi y la Casoratti. Entraron como última moda y, como se ve, conocida desde hace muchos siglos por los incas como simplificación de las dificultades del telar.

Los incas, como es notorio por sus esculturas, sus alfarerías y sus tejidos, esculpían, pintaban y tejían en abundancia figuras humanas y de animales, y todo el conjunto iba encuadrado entre dibujos más o menos geométricos, de los que se destacaban losanges, barras y, sobre todo, una greca especial, algo diferente del meandro helénico, como bien se distinguen en las figuras 8, 11 y 12 de la tricromía.

Los tejidos criollos han heredado estas líneas con mayor cantidad

de variantes, pero habiendo completamente abandonado las figuras humanas y de animales; tan es cierto eso que constituye una verdadera rareza criolla la figura de patos de un tejido algo burdo que poseo y que aparece en la tricromía correspondiente. Se me ocurre que la tejedura criolla, aparecida en los albores del coloniaje, sentía la influencia musulmana de los moros de Granada, los que, sólo por raras excepciones, usaban en las bellas artes las figuras del hombre y de los animales, por los preceptos prohibitivos de las religiones semíticas.

Como los moros habían sido en España los únicos detentores de la mayor parte de las buenas industrias, artes y oficios, es natural que la raza hispánica vencedora heredara de ellos su técnica y sus estilos, los que fueron trasplantados a América, y, en realidad, era más artístico conciliar esa repugnancia antropomórfica de los moros con la mayor facilidad de tejer meandros y arabescos en lugar de las muy ingenuas, muy primitivas y muy mal hechas figuras de hombres y de animales. Las figuras 2, 4, 6, 9, 11 y 12 justifican, por su fealdad, el buen pretexto que tenía el arte criollo, que se empalmaba con el autóctono, en no repetir unas figuras tan poco de acuerdo con los conocimientos artísticos, por lo menos visuales, que traían de su tierra: los cuadros maestros de sus iglesias y las efigies de sus príncipes. Coincidía además esta alianza de estilos: el incásico y el hispánico, con una "allure" general que se destaca tan bien en la figura de un tapiz árabe-hispano del siglo XIV, que he copiado esquemáticamente, y que podría decirse que repite fielmente los ocelos y las dos líneas cóncavas y onduladas que lo rodean, tan frecuentes en la escultura incásica y hasta en el menhir preincásico de Tafí, recién bajado y enhiestado en la ciudad de Tucumán. (Fig. X.)

Me parece haber suficientemente entrado en detalles para dar la clave de la unión o suite que puede haber entre la tejedura precolombiana y la postcolombiana hasta los tiempos modernos, pero no soy exclusivista y está lejos de mi mente afirmar que todos los dibujos proceden en línea directa de esas dos escuelas, pues creo firmemente que, en la ingenuidad del dibujo primitivo y falta de técnica, las primeras pretensiones del modesto artista son unir líneas rectas y curvas, como

lo hace en la ceniza del fogón el peón, gaucho analfabeto que, soñando con una tropilla propia (sueño casi siempre irrealizable), dibuja con la punta del facón la marca que preferiría para sus caballos, todos de un pelo, y que está constituída por líneas geométricas, ingenuamente entremezcladas, y que repetidas, bien podrían ser dibujo muy criollo de un motivo lugareño.

Me referiré al posible recuerdo incásico, cuando lo encuentre al describir la colección de ponchos, matras, alfombras y colchas.

II

No es muy fácil reconstruir la crónica retrospectiva de la tejeduría durante la época colonial, ni si ella ha pasado peripecias y ha tenido mayor o menor intensidad. Pero hojeando viejos libros, los que no detallan casi nada sobre tejidos, citando a éstos sólo de paso y por casualidad, se desprende que la industria tejedora, además de llenar las necesidades locales, era también industria comercial y hasta de exportación para México, Centro América y las provincias del Mar del Sur, comprendido entre éstas el Alto Perú o sea algún retazo del norte de la República.

México que, según el conquistador Hernán Cortés en sus Cartas de Relación a Carlos V, llamaba "malinalli" al duodécimo día de cada mes, lo que quería decir "día de torcer hilo", fabricaba por millares de arrobas tejidos de algodón y de hilo de palmeras y pitas, tan maravillosamente urdidos que Felipe II envió de regalo a Sixto V la vestidura sacerdotal de Achcauhquitlemamacani: siguieron por largo tiempo así los naturales como los españoles usando como ropa interior y exterior los tejidos "tilmas" y "huipiles", que seguían tejiendo los autóctonos, los mestizos y hasta las mujeres españolas que llegaban.

Por la magnífica obra de los capitanes de fragata de la Real Armada, Jorge Juan y Antonio de Ulloa (obra superada tan sólo un siglo más tarde por el viaje de la "Beagle" alrededor del mundo por el almirante Fitz Roy y Darwin), se sabe que en la América Meridional, empezando desde Quito hasta el Alto Perú, allá por los años de 1748, eran sobre todo los indios los que aplicaban sus habilidades de tejedores en ejecutar lujosas alfombras, colgaduras de cama y colchas; quiere decir que se dejaba un poco a un lado la confección de los uncú y de las llacollas, para entrar de lleno en las necesidades de las casas del conquistador español, que quería cubrir las gruesas baldosas de sus habitaciones con alfombras y adornar con dosel su cama bien acolchada. Dice la relación de viaje de estos capitanes de la Real Armada: "Son los indios, en general, de un natural pausado y en sumo grado espaciosos, lo que se ve acreditado en las obras tan prolixas a que suelen dedicarse, siendo sólo ellos capaces de ejecutarlas. En los

tejidos, no dictándoles otro mejor medio su industria, tienen, para pasar cada trama, la paciencia de ir cogiendo los hilos uno a uno, contarlos a cada vez y correrla después... Si se les franqueasen luces de que carecen, éstas les serían muy provechosas por la grande agilidad y comprehensión que tienen a toda suerte de obras de mano." Al tocar cada puerto, hasta los 34 grados de latitud, y a veces entrando por mucho tiempo en el interior de la tierra firme, en su relación, que es casi un diario de viaje, apuntan a cada momento la gran cantidad de tejidos que se hacían en todas partes, diciendo que los criollos se dedicaban sobre todo a tejer la lana como género de estameñas, bayeta y jerga, siendo que los indios cristianos se dedicaban más a la tejedura del lienzo de la tierra o "tucuyo". Hablan de la bayeta y alfombra de Loja, del pueblo de Guanacas, famoso por sus medias de lana. Y, a propósito de los colores usados en los tejidos, citan a la grana o cochinilla de Ambato, Loja y el Tucumán, mejores que la de Quito y tan buena como la de la Nueva España o México. Pero ellos no dicen que dos o tres veces el Gobierno de España prohibió la industria del telar, pues los barcos que venían a cargar oro y otros productos, estaban a veces obligados a viajar a la venida en lastre, pues en las Indias preferían vestirse con los tejidos lugareños antes de adquirir los europeos, recargados de fletes y de derechos.

Inútil buscar en esa época colonial obras especializadas sobre este arte de los tejidos, que tanto me interesa, como, a decir verdad, es también inútil buscarlos en escritos posteriores hasta nuestros tiempos; pero en todos los libros ligeramente hojeados se encuentra constantemente, aunque apenas anotados, vagos datos sobre los tejidos. El Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América de Alcedo, del año 1789, apunta ligeramente para cada pueblito o aldea insignificante del norte de la República la industria lugareña de la tejedura y el gran valor de las lanas. Dice por ejemplo: "Catamarca —...no corre moneda; en pagamento de derechos reales se admiten frutos de la tierra, como algodón natural y tejido en lienzo."

"San Miguel de Salta—...Diego Almagro el Mozo encontró en el valle mucha gente de manta y camiseta."

"La Región del Tucumán—...se extiende desde el arroyo Quiaca hasta Melincué, por 370 leguas... Tiene algodón mucho y muy fino, grana de la buena y añil... Lienzos finísimos y mantas de lana."

"Santiago del Estero—...sus naturales trabajan excelentes alfombras, de que hacen algún comercio aun corto... Se conserva una casulla de algodón con que San Francisco Solano decía misa, reliquia que estiman con justa veneración sus habitantes."

"Todos Santos de Nueva Rioja.—Mucho algodón (y como curiosidad) poseía grandes olivares; pero como conocieron la gran utilidad del aceite lo economizaron en la lámpara de la Iglesia poniendo sebo; desde entonces, fuese castigo del cielo o casualidad, murieron los olivares."

Hasta en el "reglamento y aranceles reales para el comercio libre de España e Indias impreso en 1778", indirectamente se hace comprender toda la importancia que se daba a las lanas de vicuña, guanaco, llama y alpaca, las que, substraídas a la industria textil autóctona, se cargaban para los puertos españoles; hasta allí iban libres de derechos, pero si se pretendía reembarcarlas para otros países de Europa, su exportación era gravada con un recargo del máximo de los derechos de ese tiempo: de doce a quince por ciento.

Pero siempre todos los datos son vagos, hablándose tan sólo en general de los excelentes tejidos de cada comarca, del piadoso cuidado de devotos que regalaban ricas y floreadas alfombras lugareñas al altar de tal o tal otro santo, de algún poncho especialísimo, obsequio a algún adelantado u otros personajes, pero nada, absolutamente nada, que detalle de manera más precisa cuáles eran los centros que se destacaban por sus habilidades en el telar: tan sólo Robertson y von Tschudi hablaron con admiración de las espesas alfombras de Córdoba, que declararon superiores a los más ricos tapices orientales.

A principios de este siglo era tanto el aprecio que algunos pocos conocedores tenían por los tejidos del norte de la República, que cierta alfombrita coloreada y de fondo blanco y, por lo tanto, por lo menos mezclada con lana de oveja, fué donada a la emperatriz Josefina por Godoy, el muy poco trigo limpio Príncipe de la Paz, diciéndole que había ya dado orden de hacer viajar hasta el puerto de Buenos Aires doce vicuñas y doce alpacas, de cuya lana había sido hecho el tapiz, para que la Emperatriz los tuviera a su vista en los jardines de la Malmaison. El Príncipe de la Paz bien se entendía con Santiago Liniers, pero la agitación de la reconquista echó a perder el "cadeau"; vicuñas y alpacas quedaron y murieron por ahí.

Durante la lucha de la Independencia nadie recuerda en ningún escrito los primorosos tejidos paisanos; sin embargo, estoy más que

persuadido que en la quietud de los valles más retirados de los teatros de la contienda, los telares criollos seguían su lenta obra en trabajos de primor, pero sobre todo en el sencillo y burdo tejido color barcino para vestir muchos de los guerreros de la Independencia; es sabido además que, desde San Martín hasta el último soldado, el poncho tejido en el telar argentino o chileno era prenda indispensable para esos gloriosos. Además, es de suponer fácilmente que la importación de bayetas, jergas, tejidos, bastos y de mayor precio que se importaban sobre todo de puertos españoles, deben haber tenido un estancamiento por la misma fuerza de los sucesos. No me atrevería a afirmarlo, pero lógicamente puedo deducir que en los años de las luchas por la independencia han funcionado con tanta actividad o quizás más que nunca los telares criollos.

Pero, terminada la guerra, abiertos todos los puertos de América al comercio del mundo, se va apaciguando lentamente, casi extinguiendo, el sordo e isocrónico ruido del telar: era que ya las grandes hilanderías inglesas enviaban hasta a los más remotos rincones del país, hasta el fondo de la pampa y hasta a las mismas tolderías, los géneros dibujados en el mismo estilo de los ponchos, de los chiripás y de las matras de montura.

La tejeduría ahora agonizaba, pues apenas era un pretexto para pasar el tiempo: ya no se usaba; y, el poncho fino, la alfombra y la sobrecama delicadas que lentamente, a veces en años, se iban concluyendo, vendidas a algún rico "curioso" se convertían en dinero sonante con el cual podían a su vez comprar por partida doble los vestidos y los abrigos para todo un hogar. Ni los compradores de esos tejidos criollos eran muchos ni era mucha la gana de trabajar: las necesidades pocas, las aspiraciones nulas, y, por lo tanto, la muy pausada confección de una sola pieza durante un año, era actividad suficiente para alcanzar los modestísimos ideales de vida.

Desde el año 1860 hasta la fecha, frecuentemente se llora en los libros sobre la perdida industria de los telares a mano, pero son lágrimas convencionales; constituyen apenas un pequeño recuerdo respetuoso por cosas pasadas. Los escritores de las cosas de la tierra, todos muy amantes del progreso del país que ya ven cernirse en el futuro, no recuerdan absolutamente los millares de fardos de lana que ya produce la tierra; todos, muy laudablemente por otra parte, suspiran por el algodón, por el cáñamo, por el lino y las grandes hilanderías mecánicas de estos textiles vegetales al estilo colosal de Norte América: pero hasta la fecha se sigue hablando del maravilloso algodón del Chaco, de Misiones, etc., y, sin embargo, las fábricas de ahora son

diez y seis, todas mediocres, con excepción de unas pocas que tienen real importancia; y si que desde el año 1840 y 1856 en las exposiciones de Londres los algodones catamarqueños recibieron el primer premio.

Los tejidos modernos de lana del país para tener el honor de convertirse en fondillos de ciudadanos argentinos, buenos patriotas por lo demás, deben traer pasaporte extranjero; de otra manera, las pocas y reducidas fábricas de tejidos de lana irían a la quiebra segura, como les pasó a los bien intencionados accionistas de la "Sociedad Anónima Industrial del Río de la Plata para la fabricación de tejidos de lana", que se declaró en quiebra por la revolución de septiembre de 1875.

Ahora parece que con la guerra europea se repiten un tanto las dificultades de importación de los tejidos de Europa y, como hace un siglo para los 250.000 habitantes de entonces, los casi 8.000.000 de ahora, con medios más modernos, parece que necesitan recurrir a la industria del tejido paisano. Ainsi soit-il.

La ciudad de Buenos Aires, la que, en tantas cosas tengo en menos por cosmopolita y olvidadiza, me suponía que era el único centro poblado de la República en el que se ignoraran los tejidos criollos, excepción hecha de los ponchos de vicuña, por ser tales y por haber aún casa de registro que los anuncia entre las estofas comprables. Creía que la seguían de cerca en esta santa y manfechista ignorancia del progreso, tan sólo las ciudades del Rosario y de La Plata: pero héte aquí que en grandes comercios de registro, de talabarterías y de tiendas al por mayor de Córdoba, Tucumán, Salta y Santiago, La Rioja y Catamarca he tardado y sufrido para hacer entender lo que iba buscando, obteniendo al fin contestaciones categóricas de dependientes y gerentes de la casa — criollos a veces — que en Córdoba ignoraban absolutamente la existencia de tejidos de Tulumba, matras y ponchos de la sierra; en Tucumán y en Salta la misma ignorancia sobre los tejidos de los valles; en los demás puntos una vaga idea de artículos que ya no vienen al pueblo. Pero en conversaciones con humildes viejitas, accidentales puesteras en el mercado, vendiendo ajíes, quirucilla y ceniza de jume, descubrí que los únicos detentores de los tejidos criollos en los centros poblados eran los turcos dueños de baratillos y que en sus jiras cambalacheras por los rincones escondidos de las provincias se hacían propietarios de los ricos tejidos, cambiados por pañuelos, polleras y piezas de bramantes y percales. La entrada a esas casas de negocios de un hombre con lentes, por más desaliñado que parezca, indica al tendero que no es un marchante común, y por más que se corte a la mitad o a la cuarta parte el precio pedido, el tejido así conquistado no es que digamos muy barato, y además, nueve veces sobre diez, el

turco, que había perdido ya la esperanza de venderlo, lo tenía desde hace tiempo en la trastienda, colcha mullida de su propio lecho musulmán. Tranquilizáos, pulcras damas, futuras adquisidoras de espléndidas alfombras y mantas criollas: en Buenos Aires funcionan estufas de desinfección. Pero, miren Vds. cómo ha venido poco a poco bajando una muestra exquisita de la industriosa habilidad provinciana: decidme si el ex gobernador Cárcano, en Córdoba, y el gobernador Padilla, en Tucumán, no recuerdan un tanto a Enrique IV, a Luis XIII y XIV, a Valentín Visconti, de Orleans y a Clemente XI, que dieron su eficaz calor oficial a los telares de Flandes, del Artois, de Milán, de Florencia, de Roma. Esos gobernadores se han ocupado, por decirlo así, de hacer resurgir el tejido de alto lizo, como si dijéramos los gobelinos criollos, y ahora, el Gobierno Nacional, más generalizador, envía al norte un distinguido y joven naturalista, poeta y ecléctico, como lo son generalmente los naturalistas, el señor E. Holmberg (hijo), para que observe, estudie y aconseje cómo pueden mejorarse los burdos tejidos bastos que se tejen en las provincias con lanas de ovejas quizás ya degeneradas. Aquellos gobernadores puede decirse que descubrieron la industria casera, el Gobierno al fin parece que quiere también saberla, pero probablemente quedarán ignorándola los habitantes de las ciudades pobladas, sobre todo los porteños que, cuando viajan, ya no necesitan ni bajar en las estaciones, pues tienen la cama y el restaurant en el tren: no serán petacas pero son lujosos baúles de suela inglesa, y estoy seguro que nadie ha visto a cinco o seis cuadras de algunas estaciones la escena primitiva, patriarcal, — yo diría mejor matriarcal —, que vió y que relata Martín de Moussy hacen sesenta años y que hacen apenas tres yo volví a ver cinco cuadras arriba del cementerio de Humahuaca, por un camino de herradura, culebreante entre las ondulaciones de la quebrada, jaloneado por las pencas enormes de candelabro y perdido en el inmenso y árido panorama de la puna imponente. El tren, ese día, paraba dos horas en Humahuaca: ávido de verde y ávido de vistas grandiosas, quise aprovechar ese momento para ascender al fondo del pueblo, ver bien el paisaje grandioso de la quebrada reseca, toda iluminada y reverberante de un sol casi zenital y descansar la vista allí, en el bajo, en los pequeños pañuelos verdes de alfalfa regada y vigorosa, escondida en el bajo por paredes de tapias enormes y ciclópeas, como muros pelasgios. En un punto, siete u ocho pedregones, reunidos casi seguramente por la mano del hombre sobre una calota redonda del terreno, me recordaron los kairns y despertaron en mí la ya vieja pasión dormida del profanador de tumbas: no tenía herramientas; como una hiena trabajaba con las uñas en la imposible

tarea de remover un grueso rodado bien apretado ya por las arenas de vientos seculares. El tren, abajo, iba haciendo sus maniobras lanzando quejidos que rebotaban sonoros por todos los ámbitos. No vi y no oí el aproximarse de una corta tropilla de burritos chicos y grises livianamente cargados, del paso sordo por el vaso descalzo, seguidos por un hombre enjuto de la fisonomía impenetrable del colla y a través de la cual parece verse, o se supone, un velo de tristeza, herencia atávica de la raza vencida; su paso era sordo y la usuta que calzaba no dejaba rastro apreciable en la delgada capa de arena; mugriento y rotoso llevaba un saco europeo deformado, de amplios bolsillos laterales descuajeringados e hinchados; era la rueca de ese primitivo; de allí salía el mechón sin fin de lana grisácea que iba retorciendo en el huso al lento paso de sus burritos grises. Cierta piedad hacia el descendiente de aquél, cuyos huesos buscaba, me hicieron disimular mis movimientos descompuestos. Lo saludé, me acerqué, le ofrecí un cigarro, que aceptó pero no fumó, mejor deliciado por la "chica" de coca que iba mascando, y volví al pueblo acompañándole. Respondía con monosílabos a mis preguntas: iba a la carnicería del poblado, un pobre y pequeño rancho, que era también el mercado, a dejar unas piezas de burdo tejido que él mismo, la mujer y su hija habían trabajado. Eran quizás unas trescientas varas de paño, por lo tanto aproximadamente de un valor real de unos trescientos pesos; él no sabía su valor metálico, pero estaba seguro de regresar a su casa de pirca con dos chivitos carneados, unas cuantas varas de cotín rayado de algodón, que las collas usan con preferencia para su ropa interior, la pobre enagua y la pobre camisa, tres sombreros ovejunos de ese fieltro grosero que confeccionan en Salta, su tercio de media arroba de coca, y quizás, eso no lo decía, una media docena de botellas de aguardiente anisado. Dejaba por valor de trescientos y no llevaba tal vez por valor de cien, probablemente profundamente persuadido, pero también profundamente resignado a la explotación inexorable del blanco más civilizado que él. A la hora de salida lo volví a ver en la estación, cerca de una colla lindísima y de falda tan corta como las más cortas que se usan ahora; el huso del aimará aun rodaba sobre su eje, la silueta elegante, y toda roja por la yacolla, de la india se destacaba esbelta sobre el cielo de turquesas del fondo de la quebrada, y ellos me recordaron que tenía una máquina y los enfoqué; él nada dijo; la mujer, más orgullosa y más civilizada, dió la espalda y se acurrucó en el suelo: había conseguido su objeto: en el negativo resultó un bulto informe e irreconoscible.

Desde la conquista hasta nuestros días, ¿cómo ha sido el telar del que salían alfombras maravillosas, ponchos finísimos y tejidos comunes, por más que haya sentido o la influencia indígena prehistórica o la del conquistador europeo? Fácil es decirlo como Martín de Moussy en el año 1860 lo escribe en el segundo tomo de su obra, página 483: "Nada de más primitivo que el telar argentino; es el mismo que sirvió al tiempo de los patriarcas y es el mismo que la mujer árabe emplea todavía bajo su tienda. Algunos palos cruzados para tender los hilos de la trama, una planchuela para mantener separados los dos rangos de hilos; una báscula para dar las oscilaciones a esta planchuela. Eso es todo. En las cordilleras de Jujuy, donde la madera es escasa, son suficientes cuatro planchas estrechas cortadas en el tronco poroso de la penca de candelabro. A veces este aparejo es movible como un telar de tapicería y sirve para estofas estrechas, a veces es mantenido firme por palos enterrados en el suelo y cubierto apenas por una enramada. Con la ayuda de este telar, que todo el mundo puede preparar por sí mismo, las mujeres de la Argentina tejen géneros de lana, de algodón y a veces hasta de seda, frecuentemente admirables por sus colores, su finura y su solidez."

Moussy ha observado personalmente lo que relata y los telares que él vió deben ser seguramente iguales a otros de siglos atrás, e iguales también a los que se usan todavía, e iguales en un todo a los que los indígenas del sur manejan en sus tolderías hasta el extremo del continente en las Llanuras de Diana bañadas por las aguas del estrecho.

La fotografía del telar tehuelche, que va entre las ilustraciones, la tomé en el año 1895 a la orilla del río Sehuen, en el territorio de Santa Cruz, y al telar que aparece en obra con un tejido de los que llamamos "pampa", puede aplicársele la descripción de Moussy, advirtiendo que los bastidores son de troncos enteros de árboles jóvenes y cuya forma y lustre de corteza me denuncian, aun después de veintiún años, que son troncos de la haya austral (fagus magellanicus) y de un aspecto tan parecido al cerezo europeo.

La familia indígena que aparece en el otro cliché es la misma que vivía en ese toldo con telar y bien demuestra por su vestimenta que para el uso propio gasta las telas de los telares mecánicos europeos, mientras que a la izquierda ese pedazo de hombre europeo, a caballo, que yo adrede no quise enfocar, para obtener tan sólo el grupo indígena, demuestra en el fragmento de la montura que aparece en la fotografía que es el cristiano, más rico y por lo tanto más lujoso, el que usa como matra el producto de los telares indígenas. (Figs. XXVIII y XIX).

En las escuelas de tejidos, recién inauguradas en Córdoba y en Tucumán, el telar criollo se ha refinado un tanto, está en buenos y amplios salones convenientemente iluminados; sus marcos son gruesos tirantes de pino tea cepillados y enchanflados: el marco superior está afirmado con escuadras de fierro, los lizos, las correderas, se estiran a voluntad con tornillos de madera, tienen en fin una confección más sólida, más terminada y más moderna, pero responden en un todo al viejo y tradicional telar criollo.

Lástima será que en esos telares, en lugar de imitar viejos y respetables tejidos conservados hoy en los museos, o en los conventos, o en las casas solariegas, la discípula de hoy, hábil maestrita mañana y de sombrero emperifollado, dé vuelo a su fantasía cursi y colorinchera, tratando de asimilar a su gusto modas europeas que harán disparar horrorizada a la clienta que busque originalidad criolla y no detestables imitaciones. Esto lo digo porque ya he visto pretensiosos cartones, como de gobelinos, listos para ser reducidos a masacote en el telar. Videant consules.

III

El único secreto que los incas y los otros pueblos precolombianos no llevaron consigo en el aniquilamiento producido por la conquista, fué el arte de teñir sus tejidos con substancias vegetales y a veces con mordientes minerales. Y se explica; pues las mismas especies de plantas que vegetaban entonces, vegetan aún. Quizás vivan todavía lapachos y quebrachos a cuya sombra habló de la mansa conquista del Hijo del Sol el Curaca enviado del Inca. El telar que siguió tejiendo lana de llama y de vicuña, y más tarde de oveja, usó siempre los mismos ingredientes tintóreos con que se coloreaban esos tejidos. Se necesitó la química moderna con sus colores sintéticos, las anilinas del carbón de piedra, para que viniera a menos la memoria y el secreto del manipuleo de esas tinturas, las que, en cuanto a la belleza y a la vivacidad del colorido son a las anilinas como el arte del colorido de Velázquez, Rubens y Tiziano a la de otros pintores que no fueron maestros en el ver la transparencia rosada de la carne, el lustre profundo e iluminado de un terciopelo carmesí. Además, aquellos colores eran bien fijos y ni el sol, ni la lluvia, ni el tiempo los desmontaba.

En buena hora se me ocurre revisar viejas ediciones y hacer esfuerzo de memoria para recordar el arte tintóreo criollo, descendiente de lo antiguo y el que fué cosa muy sabida hasta poco antes del 80, cuando las boticas de las ciudades del norte, que "tenían un poco de todo como en botica", trocaron sus cajones de simples y de extractos tintóreos orgánicos por los mil tarros de vidrio que contenían toda la escala cromática de los colorantes en anilina.

Pero hoy, éstos, depositados por toneladas en los puertos de Hamburgo y en la estación de Altona, hace ya casi dos años que no llegan al país y las tintorerías y las fábricas de tejidos de la República sufren grandemente de esa escasez y, me consta, van buscando con tanteos de ciegos las substancias indígenas que puedan reemplazar a los colores sintéticos, sobre todo el negro.

He visto sedas, algodones y lanas teñidas en esos pobres ensayos, no criollos, sino de la técnica moderna porteña y resultar, el mejor, de un negro rojizo, lo que vulgarmente se llama color ratón, cuando

en mis tejidos del norte tengo unos negros que parecen astrakán y recuerdo el negro aterciopelado que saben dar los araucanos a sus matras más vulgares.

Yo sé que la industria argentina trata ahora de sacar sus luces de químicos, como el doctor Juan A. Domínguez, que ha estudiado la substancia tintórea del algarrobo. En tan buenas manos el arte tintóreo moderno que seguramente no puede satisfacerse con las cortas cantidades obtenibles buscando yuyos en los campos del norte, conseguirá mucho si interpreta y agranda la técnica química de allá por el año 80, cuando, por ejemplo, se inició el estudio de los ácidos lapáchico y lapachónico que daban 7 por ciento de materia colorante sobre la madera bruta debidamente tratada. No es de esa clase de alta tintorería que yo quiero hablar, pues para ello se necesitan profundos conocimientos químicos y la intuición como la del maestro antes citado. Quizás, sin embargo, no sea inútil ir revisando las substancias tintóreas del país que, al mismo tiempo que pueden servir para los telares criollos del interior, para la pequeña industria suntuaria de la rica alfombra cordobesa y tucumana, cuyo arte tintóreo es necesario que sea hecho a la vieja manera, quizás, entre ellas, el gran industrial práctico pueda también encontrar la abundante materia prima para eximirse de la necesidad, hasta ahora casi imprescindible, de la producción anilínica.

Hace poco viajaba en un tren del norte; vi a un franciscano vestido de gris cuando, por la última disposición de León XIII, todos ellos deberían andar de marrón: — ¿Cómo es eso, Padre, — le dije en tono festivo, — que Vd. viste aún un color ya prohibido por la pragmática de la orden franciscana? — Me contestó: — Es que en Tucumán no hay más género de lana color marrón y, como la túnica se gasta y no se puede andar con la ropa hecha jirones, usamos lo que se puede. — Y entonces le agregué: — Voy a darle un dato interesante: hace pocos días compré en Salta un género basto de lana natural, que hacen en Jujuy y llaman picote y preguntando sus usos al que me lo vendió me dijo que ahora se vendía muy bien, pues los franciscanos de aquella ciudad lo compran y lo hacen teñir de marrón, porque ya no encuentran tampoco ellos género de tal color.

Como yo siempre llevo en mis viajes — tal una biblia para un naturalista — la "Flora Argentina" de Hieronimus y como viera que mostraba interés, busqué en mi valija el libro y le leí: "Mistol (zizyphus mistol) vive en Catamarca, Córdoba, La Rioja, Tucumán; altura 9 metros, diámetro ½ metro; fruta comestible para hombres y ganado; madera de vetas moradas, buena para muebles y eje de carretas; la corteza del tronco, y sobre todo de las raíces, sirve para teñir color

café." Y el padrecito apuntó: me pareció que no se lo había dicho a un sordo.

Cuando vivía en el Museo de La Plata solía frecuentar el establecimiento, en busca de otros indígenas, una mujer pampa pura, casada con un guardia de cárceles, y a la que daba madejas de lana para que me tejiera fajas al uso indígena. Recuerdo que un día me pidió unos centavos para comprar vitriolo verde, pues quería teñir de negro una lana amarillo claro que le había dado y que no era de su gusto. Y me dijo, sin darme detalles y por lo que creo recordar, que iba a teñir esa lana primero con la decoción de yerba-mate, pasándola después por la solución de sulfato de hierro y que entonces el verde se trocaría en negro. Los industriales que andan buscando la piedra filosofal para este color sobre lana podrían ensayarlo: el experimento no es ni caro ni complicado.

Pero no es así que quiero hablar de los colores otrora usados y que aun se usan o pueden usarse, sino resumir los pequeños datos, a veces tan sólo indicios, que se encuentran desparramados, antes, en los viejos libros de la conquista, más tarde, en los que se ocupan de describir la República Argentina y sus productos.

Es quizás un poco engorroso leerlo, pero aseguro que es más engorroso llegar a escribirlo; sin embargo, ningún momento más propicio para recopilar datos sobre las substancias tintóreas como el actual, en que las industrias textiles argentinas tratan con ahinco de reemplazar los colorantes que no pueden venir de Alemania.

Los colores, por decirlo así, fundamentales de la industria precolombiana fueron: el azul del añil, llamado también Indigo, planta de la que había y hay varias especies en el Norte y Sud América, y el rojo, obtenido de la cochinilla, que vivía sobre el Cactus Nopal, de México, y que formaba, como lo demuestra uno de los numerosos clichés sacados al acaso de las Cartas de Relación de Hernán Cortés, uno de los más grandes tributos que pagaban a Muctezuma los varios pueblos sujetos a él. A cada rato se encuentran citados "sus zurrones de grana, tercios de tejidos y escrines de maíz"; tributos que se renovaban generalmente cada ochenta días. Parece que los incas, como fueron introductores desde México de una pequeña abeja de miel

(melipoma), así también trajeron huevos de cochinilla, simiente que, como la del gusano de seda, conservaban las mujeres en el dulce calor del seno. (Figs. XXXVII y XXXVIII).

A la cochinilla la distribuyeron por todos los ámbitos más que templados de su vasto imperio, resultando que quedó siempre, hasta nuestros tiempos, la clase mejor, o sea la más roja y la más firme, la cochinilla o grana de Loja en el Ecuador, y la de Tucumán, donde probablemente el insecto ha encontrado las especies de cactáceas más adecuadas para producirse mejor.

La mejor grana es la que se obtiene cosechando el insecto en febrero, secándolo al sol y machacándolo después en morteros de madera.

Los incas no introdujeron añil porque hay tres especies en los territorios por ellos ocupados: uno en el Perú y dos en Tucumán, Salta, Orán, Jujuy y Córdoba, cuyos nombres técnicos son: Indigofera anil e I. Angustifolia. De la fermentación de esta planta en el agua, trasegando varias veces la infusión, se obtiene un precipitado feculento que es la substancia tintórea.

Con un procedimiento casi igual se obtiene color azul de las hojas de un árbol importado al país y muy abundante: la acacia (robinia pseudo-acacia). Yo he visto en la Patagonia obtener un buen azul de las raíces de la mata negra (atamisquea emarginata), hervidas con orines.

Pero si enumeramos en orden las numerosas plantas que sirven de colorante para tejidos, me será más fácil determinarlas según los colores.

Color amarillo:

Se obtiene con una planta llamada generalmente contrayerba y que en diferentes puntos de la República le dan los siguientes nombres vulgares: Valda, Solo, Chasca, Fique, Contrayerba; en lengua quechua se llama Quejatulpuno; en aimará: Quellotarpo; en araucano: Dauda. Nace en Tucumán, Salta, Córdoba, Catamarca, Pampa, Río Negro, Chile y Perú. Su nombre técnico es Flaveria Contrayerba. La variedad de nombres y su habitat geográfico tan extendido demuestran que se ha usado en todas partes para teñir de amarillo, porque no necesita manipulaciones ni mordientes: da el color directamente.

La Chilca dulce. — Es frecuentísima en La Rioja, Catamarca, Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero. Su nombre es Baccharis Calliprinus. Se obtiene el color pasando la lana antes por un baño de alumbre y después sumergiéndola en la decocción hirviendo de la planta.

Quilchamal. — Vegeta desde Bolivia a Córdoba. Es la Baccharis Grisenbachi. Aplicación como la anterior.

Azafrán de la Puna. — Abundante en Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy. Su nombre es Chuquiragua longiflora. Su primera decocción es amarilla.

Tola. — Abundante en Jujuy, Salta y Catamarca. Es el Hyalis spartioides. Para obtener el color se hace hervir su extracto acuoso con orines.

El Pingo-pingo — o Tramontana, o Pico de gallo, o Pico de loro, o Tola, y en araucano Cupará. Son especies afines de la familia de las gnetíneas, siendo la más común Ephedra Tweediana. Abundante en las repúblicas del A. B. C., Perú y Uruguay. La materia colorante se usa directamente, y, en las provincias del norte, para darle tonalidades diferentes se le agrega en proporción jugo de limón o de naranja.

Toca del Norte, o Sacha huasca, y quizás Bejuco blanco. — Probablemente perteneciente a la familia de las bignonáceas. Es una enredadera, o mejor dicho, liana de las regiones cálidas. Sus flores dan directamente un color amarillo muy fijo.

Quilcha amarilla, Pichanilla amarilla, o Botoncito. — Vive desde Mendoza y San Luis hacia el norte. Es la Grindelia pulchella. Si a su decocción amarilla se le agrega alumbre da el color caña, con el que se imita, con la lana de oveja, el color de la lana de guanaco y de llama.

Clavelilla. — Vegeta en Mendoza, San Juan, Córdoba, Catamarca, La Rioja, Tucumán, y creo que también en Salta. Es la planta llamada Zinnia pauciflora. El color se obtiene de los pétalos de la flor.

Aguaribay, o Molle del Perú, o Molle de Bolivia, y en Bolivia Molle de Castilla. — Indígena de las provincias del norte, pero aclimatado hasta los 37 grados de latitud. Es el árbol llamado Schinus molle. Son las hojas las que se utilizan para extraer el amarillo.

Calafate, o Sachauva, o Quebrachillo, o Peje. — Desde el extremo norte hasta Tierra del Fuego, exceptuando, creo, las provincias del litoral y la Pampa. Son varias especies muy afines de la familia de las Berbéridas: B. illicifolia, flexuosa, buxifolia, etc.

Sauce colorado, o Sauce criollo. — Vegeta en toda la República hasta la mitad norte del territorio del Chubut. Es el Salix humboltiana. El colorante más obscuro se extrae de la corteza vieja y el más claro de la corteza joven. Es la materia tintórea ideal para los que tejen ponchos finos de vicuña, de llama y de guanaco, pues uniforma a la perfección ese color café con leche, matizado a veces en líneas claras y obscuras; siendo así que los ponchos de más alto precio son los de lana teñida con el sauce, porque son los más proli-

jamente y finamente tejidos. Como la lana natural más obscura, más clara y hasta blanca es imposible entreverarla uniformemente, como también es imposible separarla radicalmente, el tejido resultaría de colores salpicados e ingratos a la vista.

Pero, debido a esta coloración artificial, frecuentemente agregan a la lana de vicuña o de guanaco la fibra grosera de las ovejas degeneradas.

Barba de la piedra, o Barba del monte. — Son líquenes comunes en todas las regiones boscosas de la montaña. Las especies más comunes son: Usnea barbata y Usnea Hieronimi. Se usa la decocción o el zahumerio de la planta para obtener amarillos bajos.

El color verde se obtiene:

De la mezcla del añil con la contrayerba; de la chilca dulce con un mordiente; del pingo-pingo con el añil, y además de la

Jarilla. — La planta que desde la orilla norte del río Santa Cruz, en Patagonia, hasta la República del Ecuador, está constantemente presente en toda la región xerófita o árida de Sud América. Sus gajos dan el color verde.

El color rojo se obtiene:

Además de la cochinilla o grana, de las plantas siguientes:

Del Azafrán de la Puna, cuya primera decocción dijimos que daba el amarillo; la segunda da el rojo.

Del Coronillo, que vegeta en las provincias del norte y en Entre Ríos. Es el árbol llamado Scutia buxifolia. Un magnífico color punzó lo dan sus frutas y su corteza mezcladas.

El Porotillo silvestre, o Carminchá,—que vegeta en las provincias del norte, en las de Cuyo, Pampa, sur de Buenos Aires y Patagonia. Es la leguminosa llamada Hoffmannseggia Falkaria. Se obtiene un color punzó, pero no se conoce bien con qué procedimiento. He visto a las indígenas de Patagonia hacerla hervir cuando seca y mezclarla con algunos granos de la fruta del calafate y unas tajadas del cactus enano de Patagonia, que creo recordar haber visto clasificado con el nombre de Opuntia ferox.

El Ceibo, o Zuinandi, o Chopo — en sus dos o tres especies, que abundan en toda la República, hasta la cuenca del Río de la Plata, siendo la más común la Erythrina cristagalli. Sus flores son usadas para colorear los tejidos.

Las Achiras — cultivadas o silvestres — variedades de la Canna índica: tienen substancia colorante en la semilla.

El Socondo, o Raíces charrúas, o Raíces barranqueras — común en todo el país. Son especies muy afines de la familia de las rubiáceas y

se denominan Gallium hirsutum, bigeminum, Richardianum y pusillum. Estas raíces dan directamente un magnífico color rojo que no se desmonta ni con el tiempo, ni con el sol, ni con el jabón.

El color rosado se obtiene:

De la planta Tista-tista, o Palo de Santo Domingo, — común en las provincias del norte, Perú y Bolivia. Es el arbolito que se llama Randia pubescens. La materia colorante se extrae de la fruta.

El color morado se obtiene:

Del Piquillín — planta xerófita de casi toda la República. Es el arbusto que se llama Condalia Lineata. Es la decocción de la raíz la que da la materia tintórea.

El Quebracho colorado — abundante en las provincias del norte, y que es la anacardiácea denominada Quebrachia Lorentzii. Su madera, reducida a aserrín, hervida con sulfato de cobre, da el morado.

El Ataco, o Bledo, o Paiquillo, o Hierba meona — son especies muy afines y comunes en toda la América del Sud. Su nombre es Amaranthus muricatus y varias especies más. La materia tintórea se extrae de toda la planta.

Pata,—cuya raíz da el mismo color y que abunda en Belén, provincia de Catamarca, y cuya clasificación no encuentro.

El color naranjo fuego se obtiene:

Mezclando la contrayerba con la ceniza del Jume (Spirostachys patagónica y Suaeda divaricata).

Del Palalá.—Abundante en el norte y cuya clasificación no conozco.

El color café se obtiene sobre todo del:

Mistol. — Abundante en las provincias del norte. Es el árbol llamado Ziziphus mistol. La decocción de la corteza con las raíces es la que da el colorante.

El color gris se obtiene:

Del molle o molle de curtir, o molle de incienso, o molle de la sierra, que son variadas especies arbóreas en el norte, subarbóreas y hasta arbustosas en la Patagonia; sus nombres son: Duvaua longifolia, D. latifolia, D. praecox, D. ovata, etc. La decocción de las raíces mezclada con sulfato de hierro dá grises más o menos obscuros.

Del quebracho, sobre el que ya hemos hablado y cuyo extracto dá tonalidades grises obscuras mezclado también con sulfato de hierro.

De la tusca, o churqui, o espinillo bravo, o aromo, muy común al norte del paralelo 32; sus nombres responden, con un poco de confusión, a dos especies de aromas: la acacia cavenia y la aroma; se utiliza la decocción de sus frutas mezcladas con sulfato de hierro que dá desde el gris obscuro hasta un negro rojizo.

El color negro se obtiene:

Del tentitaco, o quentitaco, o tintataco—comunísimo en Córdoba, Tucumán, Catamarca, Rioja, Salta, Jujuy: es una especie de algarroba, la Prosópis adesmioides de los botánicos. De la decocción de la cáscara y de la madera se obtiene un buen tinte negro para las lanas.

Del espinillo o algarrobillo de Córdoba. Es la acacia atramentaria: sus vainas no la comen los animales, pero dan un excelente color negro.

Del Cebil, o Sacha-cebil, u Horco-cebil—comunísimo en todas las provincias del norte y en el Chaco. Son nombres que corresponden a los dos árboles Piptadenia communis y P. cebil, su corteza con sulfato de hierro dá un brillante color negro, el que allá por el año 80 se usaba en la fábrica de tejidos de don Prudencio Palacios, instalada en el río de las Piedras en la provincia de Salta.

Del Guayacan o wuayacan negro, que vive en San Luis, Corrientes, Chaco, Salta y Tucumán; es la planta llamada Caesalpiña melanocarpa: en Tucuman hay una variedad la C. Tucumanensis. La fruta machacada y en infusión de agua hirviendo, mezclada con sulfato de hierro dá una tinta muy usada para teñir de negro los sombreros de fabricación tucumana y salteña.

Los nogales de las provincias del norte; Juglans australis: dá también un color negro pero inferior.

Del Pacará, o Timbó, u Oreja de negro—tan común en Tucumán y que vegeta también en el Chaco, Orán, Jujuy y Corrientes. Es el gigantesco árbol llamado Enterolobiun timbouva. Sus frutas, tratadas como las del guayacan, dán un tinte negro regular.

Del Retorlon, o Retortones, o Sacatrapo. Es un arbusto que debe su nombre a su fruto amarillento y en forma de tirabuzón. Desde Jujuy siguiendo por la zona xerófita, llega hasta la orilla norte del río Negro y a la confluencia del Neuquén, donde yo lo he visto a ras del suelo con las semillas grandes como la del norte, pero la planta reducida a una humilde mata leñosa de diez centímetros de alto. Su nombre técnico es Prosópis strombulífera. Las frutas y las raíces son usadas por los araucanos para obtener el negro; me supongo que agregan el sulfato de hierro o quizás las aguas de cierto manantial del volcán Copahue, el que pone acídulas las aguas de un río, llamado por eso, río Agrio, y que antes, creo que en mapas anteriores al 80, se llamaba río Vinagre; manantial que trae alumbre como las mofetas de Italia.

Como última planta que puede dar colores negros, he reservado una que no encuentro recordada en ninguno de los libros que, aunque incidentalmente, se ocupan de las materias tintóreas del país. La he visto usar por los indígenas araucanos establecidos en las serranías del

Bío Bío, entre el valle de Lonquimay en Chile y el paso internacional de Larto. Vi a las mujeres hacer hervir adentro de un calderito raíces y tallo de la enorme planta herbácea que vive en lugares muy húmedos y que se llama Pangui. Ví una lana ya teñida de un espléndido y lustroso color negro que me pareció tener reflejos de azul muy obscuro.

Digo que me pareció, por cuanto el día era muy límpido y no sería de extrañar que esa tonalidad azul que se suponía, más que se veía, fuera debida a la límpida luz del día. No averigüé si el color se obtenía con el mordiente más usual entre los indios, la orina, o con otra substancia; pero fácil es ensayar.

Sin poder asegurarlo, porque en mis viejos libros no encuentro tal planta, paréceme recordar que al verla tan abundante y al comer su cogollo en la orilla oeste del lago Nahuel Huapí y a un par de leguas del refugio y galpón llamado casa Pangui, alguien me dijo que era la Gunneria chilensis. De lo que estoy seguro—por haber visto desde el tren a Salta y desde el automóvil en el camino de Tucumán a Villa Nougués,—es que, esta misma planta u otra especie muy afin, vive en los sitios más húmedos de los bosques del norte. Allá en el sur sus hojas tienen casi un metro de diámetro: en el norte no me parecieron tan grandes, y como alguien me ha dicho que la gente del campo en Salta come el cogollo de sabor acidulado de una planta herbácea, cuyo nombre no recuerdo (tengo, sin embargo, entre ceja y ceja el nombre de Quirusiya). No sería difícil que abundara también allí, donde por ser poblado y por haber muchos telares podría servir para dar un magnífico tinte negro.

En el mercado de Santiago del Estero he visto una enorme cantidad de granadas (Púnica granatum), con cuya cáscara, cuando yo nací se trataba la lombriz solitaria y se fabricaban colores gris plomo y negro. Esa granada y las frutas de sus afines criollos la guayaba y el alpamato (Eugenia guayaba y Myrtus mucronata) con otros arrayanes del país podría quizás fabricarse alguna materia tintórea similar.

No me queda sino apuntar las plantas con que se desgrasan las lanas para los telares domésticos; y son:

El quillay de las sierras llamado Hualania colletioides y H. microphilla y el otro quilay tropical completamente diferente y que es la Garrugandra amorphoides. La madera de los dos primeros y la corteza del segundo dán un buen desgrasante. Se usan, además, las cenizas de varias quenopodiáceas, como la quinoa, el jume, etc. Se usa, además, también como desgrasante, la infusión de la fruta del Pacará.

En la industria criolla la lana, primero, se desgrasaba de la manera antes dicha, después se teñía y, por último, se volvía a desgrasar con

la infusión de las raíces de la Barba de tigre, o Espina cruz, o Curú-mamuel, arbustos muy afines y muy comunes en toda la República y que se denominan Colletia spinosa, C. ferox y C. cruciata; este último baño aseguran que fija el color y dá un espléndido lustre a las lanas.

Al reunir todos los datos que me ha sido posible sobre las plantas tintóreas del país, he usado la vieja nomenclatura de la Flora Argentina, editada por J. Hyeronimus en 1886, como la que respondía mejor a mi idea de poner cerca del nombre botánico las varias denominaciones provincianas.

He anotado todas las plantas anteriores, porque responden bien a mi objeto de ilustrar la confección de tejidos caseros en el país y— aún teniendo la firme convicción personal de que muchas de estas mismas materias tintóreas, por su abundancia, pueden ser usadas en las hilanderías y grandes fábricas comerciales de tejidos,—no conociendo ni la técnica, ni la parte financiera de esas industrias, no sé si es factible, ahora durante la falta de las anilinas, sustituir éstas con los productos criollos.

Para esos industriales aconsejaría que, dejando a un lado los conocimientos químicos modernos de los últimos treinta años, retrasaran, por decirlo así, la química tintórea a lo que se sabía hasta el año 1880. Quizás en esos manuales prácticos de Tintorero de trapos, por ejemplo, el escrito por Damián Martínez Bueno, o el otro, escrito por don José Vallhonesta, "Honra de la tintorería moderna", encuentren la manera atrasada y, quizas, empírica, con que se daban, sin embargo, colores más firmes que los de las anilinas posteriores a esa fecha. Por mi ignorancia en el asunto y por que no responde absolutamente a mi objeto, no puedo aquí hacer un vade mecun del Agua Prat y tintorería "De los mil colores".

Indico las fuentes y, ¡allá ellos!

IV

Supongo fácilmente las causas que concurrieron a hacer de la buena y artística industria textil una especialidad de las provincias del norte durante la época colonial.

La primera es, que antes de la gran reproducción de las ovejas importadas de España, existían ya en esas regiones "los carneros de la tierra", alpaca, vicuña, llama y guanaco y que las poblaciones de esos lugares no eran los salvajes primitivos de más al sur y más al oriente, sino pueblos que ya habían sentido la influencia benéfica de la cultura incásica, la que decía en sus leyendas que la mujer del inca, Mama Oello Huaca, era la que primero había enseñado el arte de tejer. Hay una confirmación de esto, en que Córdoba y San Luis, provincias mediterráneas tocadas por la conquista incásica, como aún lo demuestran ciertos nombres quichuas de algunos parajes, son también regiones donde ha florecido la industria del telar.

La otra causa me parece también ser la preponderancia del virreinato del Perú, suntuoso y sibarita, que hacía sentir su influencia, y las necesidades nuevas del confort y del lujo y para las que eran pocos los artículos de importación española. Es por eso, que el telar indígena, acostumbrado hasta entonces a tejer urdiembres dibujadas, pero lisas y con el apretado punto llamado canneté, aprendió otras técnicas fáciles del bordado en relieve y de la alfombra felpuda al estilo de los tapices moqueta, en que fueron excelentes y obtuvieron gran fama en Almería, primero los árabes y, después, los españoles.

El virreinato del Perú, el Alto Perú, los Adelantados, los Obispos, los Capitanes de Armas y todos esos empleadillos de la Real Hacienda, si necesitaban ponchos para sus viajes y matras para sus monturas, necesitaban también la espesa alfombra para el estrado, el dosel y la sobrecama para sus alcobas. A los dibujos y a las floraciones casi esquemáticas de esos tejidos concurrían tres coeficientes: el dibujo de líneas geométricas de la época incásica, excluyendo, sin embargo, las figuras humanas, la imitación y, probablemente con más frecuencia, tan sólo el recuerdo de alguna buena alfombra vista, quizás oriental, quizás

hispánica, quizás de Flandes; y, por último, la ingenua fantasía y el capricho chillón de la tejedora que completaba el conjunto.

Así fué por todas partes y así sigue siendo el tejido criollo en nuestros días, cuyo gusto y sabor se fué poco a poco debilitando.

Pero en Córdoba se iba constituyendo otro centro de cultura colonial independiente del Perú. Otro clima, otro ambiente y, quizás, otros maestros. Quizás a algún convento entre las monjitas llegadas a Córdoba vino una experta en la fabricación de buenos tapices: he de sospecharlo, pues las mejores alfombras, las más antiguas, de un gusto decididamente europeo, sin mezclas de dibujos autóctonos son las que posee algún monasterio de aquella ciudad.

De esa técnica y de ese estilo, ambos deliciosos y suntuosos, quedaron magníficos esos rastros que han querido resucitar en una nueva industria el gobernador R. J. Cárcano y su ministro J. B. González, tanto que antes de bajar del gobierno el Dr. Cárcano, como una de las cosas de las que quería dejar bien arraigado el recuerdo de su iniciativa y que esta no desfalleciera más tarde, hizo celebrar una exposición artística, a fin de que la gloria de reliquias suntuosas y bellas sea un estímulo para el trabajo de los telares por él instalados.

En esa exposición que recién acaba de cerrarse primaban los grandes tapices del convento de las Catalinas, de Córdoba, cuyas averiguaciones históricas han sido hechas por el obispo monseñor Zenón Bustos y que he oído relatar no sabiendo si la memoria me ayuda en todos sus interesantes detalles.

Allá por el año mil setecientos y pico era Argandoño gobernador en Santa Cruz de la Sierra. Dos de sus hijas vinieron a Córdoba a hacer su noviciado y después a profesar en el convento de las Catalinas, llevando como donación a la pía casa dos grandes y riquísimos tapices (de procedencia europea, seguramente) y que en los libros del convento fueron entonces inventariados y justipreciados en doscientos cincuenta patacones. Eran gruesos y muy pesados, y las gráciles monjitas que debían extenderlos al pie de los altares no podían con ellos, sobre todo, con uno. Y la tijera bárbara lo cortó por el medio y la aguja, meticulosa y hábil, zurció con paciencia de monja los labios de las heridas. Hoy, para exponerlo, el tajo feroz y secular ha sido de nuevo remarginado y ambos muestran la frescura de un jardín de flores recién abiertas, como que, siendo alfombras de Almería o del centro persiano de Gueurdes, sus colores producidos como aquí con raíces vegetales son inalterables.

El mismo convento expuso otro tapiz fabricado en ese mismo claustro con el punto de alto lizo, un verdadero Aubusson criollo y que allá

en Córdoba es conocido con el nombre de arca de Noé, por la riqueza de faunas diferentes, toda perdida entre frondas y flores. Un tercer tapiz hecho en bordados de relieve, lo que los franceses llaman "haute laine", también exquisita labor de esas monjitas, representa un trofeo de armas en cuyo centro hay un escudo que fué blasón de alto y encumbrado personaje de la dominación española. Las monjitas lucían esas cuatro alfombras en los días de grandes fiestas religiosas; pero en los albores de la independencia era harto peligroso y quizás provocación a una falta de respeto al templo del Señor, una pieza tan linda y tan artística, pero que con su escudo de armas recordaba cosas que debían haber pasado para siempre. Y las monjitas ignaras de todos los ruidos exteriores, recibieron quizás consejo de un prudente director espiritual de transformar ese centro, casi el punto de honor en heráldica, en algo de menores proyecciones políticas. Apareció, por fin, el centro del blasón transformado en un escudo que llevaba solitario un árbol. No me atrevo a decir que simbolizara el árbol de la libertad: estaba muy cerca el 93 francés; pero lo maravilloso en esa transformación, es que, la obra del zurcido del nuevo trozo tejido es completamente incognoscible.

Con la espléndida técnica de esos tiempos pasados los flamantes talleres de Córdoba han hecho ya algunos tapices, de los que el Dr. Cárcano ha donado uno al señor Presidente de la República y otro a la señora Teodelina Alvear de Lezica.

El doctor Miguel Angel Cárcano posee una alfombra pequeña de las que se llevaban a la iglesia. Es una maravilla de armonía y frescura de colores.

Esta última trae a la memoria lo que dijo un antiguo autor: "Provincia es de alfombras, reposteros y tapices que allí llaman, a veces, paños de Corte, primorosamente trabajados y se estiman tanto que no hay casa principal y de conveniencia que no los tenga", al fin pasó el tiempo en el que se reputaba Córdoba famosa, tan sólo por sus buenos alfajores y sus detestables confites!

La buena tejeduría, así interpretada había muerto, pero resistía y resiste todavía con otro estilo en los valles de la sierra cordobesa y, sobre todo, en Tulumba. Pero no es la misma industria, fina y de nuestro gusto europeo, como la que fué de Córdoba. Los tejidos de Tulumba son de la misma familia de los que aún se tejen en Tucumán, Salta, Rioja y Catamarca, riquísimas y pesadas alfombras, magníficas sobrecamas; pero de un sabor exótico para el estilo europeo; pero, quizás por eso, más apetecibles por lo raro de sus dibujos y lo criard de sus

colores. Digo criard, porque con la palabra chillón me expongo a hacerle daño ante las futuras compradoras.

La provincia de Santiago del Estero, por lo que me parece haber notado, mantiene en sus dibujos y colores el mismo estilo de las provincias anteriormente citadas, con una mayor corrección de líneas, pero no dedicándose a la alfombre felpuda, sino al punto que podríamos llamar de gobelinos.

La provincia de Jujuy confecciona también en sus telares esta clase de tejidos, pero parece que se concreta más y con mayor abundancia, a la fabricación de géneros bastos de lana para vestidos de gente humilde.

En todas las provincias, sin distinción, además de ponchos finos se trabajan frazadas blandas y abrigadas con la malla floja casi del jergón, tejido que, para que no pierda su blandura y su aspecto de buen abrigo, no ha recibido ninguna clase de abatanamiento con lo que, si es cierto que se consiguen esas cualidades apetecibles, resultan al fin estofas de corta duración.

Como ejemplo de esta última clase, presento la tricromía N.° 19, que es una frazada blanca con un marco floreado a fuertes colores; y la otra tricomía N.° 20, de lana, aun menos abatanada y más floja, y que constituye una de las raras piezas de mi colección, porque el dibujo representa patos y ya hemos dicho que el telar criollo aborrece instintivamente la figuración animal, quizás resto de la misma fobia musulmana que tanto influenció las artes en la España detenida por los moros.

La tricromía N.° 22 es un buen ejemplar de la magnífica y lujosa alfombra producida por los telares urbanos de Córdoba y a la que se le acercan las de las fototipías 14 y 15 de la plancha IV, adquiridas en Tucumán, de las cuales la 15 era, seguramente, una alfombrita llevada a la iglesia por la pequeña criada para que hincara las rodillas alguna joven belleza; y la número 14, si ha sido también una alfombra prie-Dieu, lo debe haber sido para una muy voluminosa dama, doña S. L., como dicen las iniciales del centro, y la que no quería que se echara a perder la gran rueda de su miriñaque.

Si observamos estas dos alfombritas, en una veremos claro el gusto elegantemente europeizante de Córdoba, mientras que en la otra el dibujo dominante es la greca incásica un tanto alterada y corriendo como faja del marco unos dibujos del mismo estilo indígena y los que, por su forma y extremidad abultada, podrían hacer soñar a algún etnólogo muy fantástico que los misterios de la fecundación bajo el microscopio no eran ignotos a los incas.





A pesar de que el cliché sin colores no dé ni aún lejanamente la belleza exótica de una buena alfombra felpuda adquirida en Tucumán y que se me dijo procedente de los valles de Catamarca, es necesario llamar la atención sobre ella (figura 13 del cliché III), pues puede decirse que reúne en sí, casi todos los dibujos más o menos geométricos que aparecen en los tejidos incásicos de la primer tricromía, con la diferencia que estos son bien perfectos y simétricos y en el telar de Catamarca, por la inhabilidad de la tejedora, han resultado muy irregulares. Sin embargo, esta alfombra es una magnificencia, un lujo, que ha sido ya admirada por la Infanta Isabel, Mr. Roosevelt y Mrs Mc. Adoo.

La tricromía número 23, es también otro de los tejidos característicos de sabor incásico, Adán Quiroga si la hubiese conocido, la hubiese citado en su obra "La cruz en la América pre-colombiana".

Es tan parecida en su conjunto a la Cruz de Hierro teutónica y, sin embargo, tan incásica en todos sus detalles! La compré en Córdoba a un turco que me aseguró haberla adquirido en la "Sierra Grande".

En las carpetas 21 y 24 y en la matra tucumana representada en la figura XXXV a), donde aparece también un dibujo esquemático, se ve bien definida la disposición curiosa de dibujos y triángulos incásicos que aparecen tan definidos en varios de los géneros pre-colombianos de la primera tricromía.

Una alianza estrecha entre el dibujo autóctono y la "allure" de la alfombra europea la presenta bien la sobrecama número XII de la tabla 3.ª, donde los varios recuadros y la simetría del dibujo son completamente nuestros, pero el trazo geométrico y anguloso de las flores y del conjunto denotan la influencia incásica.

Esto mismo y con otras variantes, pero con menor devoción al estilo europeo, se observa también en la figura XI de la misma tabla.

Como lujo de detalles, de paciencia y de manufactura ya completamente europea observar la figura XVI de la tabla 4.ª, que es una pequeña carpeta para iglesia, hecha sobre trama de algodón importada y con bastidor y no con telar y donde cada cuadrito acolchonado de felpa ha sido pacientemente recortado con tijera. No es que digamos lo que puede llamarse un tejido criollo, pudiéndose más bien decir una labor de alumnas de convento: pero hubo tiempo en que la moda se generalizó y hasta las tejedoras de campo interrumpieron sus trabajos al telar para dedicarse a esta clase de bordado como obsequios a madrinas, a señoras del estanciero, etc.

Pero esta labor de bastidor está estrictamente ligada con las sobrecamas bordadas y en las que entra como parte integrante del fondo

la colcha tejida al telar criollo con el punto del poncho, casi siempre de lana de vicuña o de guanaco, interviniendo después el bastidor para el floreo en relieve y afelpado, como bien lo hace ver las figuras XXVII y XVIII de la plancha 4.

Si esta clase de tejido de sobrecama es completamente criollo, la floración sigue todas las reglas del bordado en lana europeo.

No sería muy interesante, si no coincidiera este estilo con el "dernier cri de la mode" que exige ahora en los cortinados un color uniforme de tejido con bordados en relieve.

Y desde que estamos en el arte del bastidor, que aunque criollo está muy lejos de la tejeduría, a falta de ricas casullas bordadas en el país, que las hay, quiero llamar la atención sobre la figura XIX de la tabla V, que representa dos tiradores de hombre hechos antes de la Indepedencia, en Buenos Aires, quizás en algún convento de monjas y que pertenecieron al ajuar íntimo de don Antonio Tollo, pariente colateral del bisabuelo de mi compañera. Es un bordado en seda, finísimo, sobre "tafetán doblete" como lo llamaban entonces, y cuya urdiembre, vista con lente, es más gruesa y áspera que la suma finura del bordado: bien lo demuestra la nitidez de las pequeñas letras que dicen: la América del Sur y Desembarco de Colón en América. Estos tiradores pueden competir con ventaja con cualquier bordado de finísimos y viejos paramentos sagrados, comprendida la antiquísima casulla que se conserva en la Iglesia Matriz de Jujuy.

He reunido en la plancha 6.ª todo lo que puede definirse como una industria humilde, pero que es susceptible de tomar proporciones de buena industria para el uso corriente, sobre todo en este momento en que las estofas baratas de Europa tanto escasean.

La figura número XXIII de esta plancha pone en comparación una sábana de hilo grueso hecha en un telar a mano por campesinos de Italia, con un pedazo de tejido blanco hecho en Jujuy, de pura lana y que en el norte llaman "picote".

La técnica y el punto son perfectamente iguales con la diferencia natural que hay en lo más parejo y más fino del género tejido con lino, de el tejido con lana grosera de ovejas degeneradas.

Ya he dicho anteriormente que los frailes franciscanos compran

ahora mucho de este picote blanco y lo tiñen con mixtol para la confección de sus túnicas. Es quizás la primera vez, después de muchos siglos, que los discípulos de San Francisco vuelven a usar el áspero y rudo sayal que prescribe el primitivo reglamento de la Orden.

A decir verdad, si por penitencia lo usaran directamente sobre la piel como lo hacía el pobre de Asis, quizás ya no hubiese frailes que se sujetaran a ese áspero y continuado martirio.

La figura que lleva los números unidos XXIV y XXV representa también géneros que suelen tejerse en Salta, en Jujuy y, sobre todo, en la quebrada de Humahuaca y que usan para cortes de vestidos los modestos caballeros y las humildísimas damas de sangre colla.

El primero de la derecha lo llaman "barracano"; al segundo "picote blanco"; al tercero "picote obscuro"; al cuarto y al quinto "barchila". El sexto es otra clase de picote del estilo que llamamos escocés; el séptimo es un poncho hecho por los indios tobas del Chaco, que he puesto allí para hacer comparaciones, como también el octavo es un finísimo poncho hecho con hilo de carretel europeo.

Señoras que han visto el cuarto y quinto género que se llaman barchilas, encantadas con la rusticidad casi militar y con el color remiso tan de moda por la guerra (saben ustedes que la moda de cualquier cosa toma pretextos), exclamaron en coro: "Hubiera usted traído unos cuantos cortes para vestidos".

Estos géneros que podríamos llamar tejidos corrientes Collas, tienen tres defectos fácilmente subsanables: torsión de los hilos despareja y que tiende siempre a cierta exageración; como consecuencia, el otro defecto llamado cargolí, del cual ya hemos hablado anteriormente y una falta de abatanamiento de la lana que es, sobre todo, muy visible en el género llamado "barracano", el que también es el más barato.

Yo he pagado estos géneros 0.80 la vara el "barracano", un peso y veinte el "picote" y uno y treinta la "barchila". Naturalmente que estos precios no son del productor, sino del tendero intermediario que los vende al menudeo, pero si estos tejidos resultan tan groseros se debe también a que los coyas muy difícilmente esquilan las majadas y prefieren recoger y utilizar la lana de los animales que mueren.

Como producto de la misma industria Colla, la figura XXVI de la misma plancha nos muestra el tipo de frazada abrigada, sin abatanamiento, y de hilos muy poco torcidos que desempeña muy bien la misión de las frazadas comunes y del mismo estilo que la de la tricromía N.° 19.

Para ver el grosero tejido de los llamados "puyos", ver los dos jergones representados en la figura XXXIII de la plancha 8.

En la figura XXVII de la plancha 6 doy como conjunto final de las subindustrias tejedoras del norte un sombrero de fieltro, de lana comprimida y grosera, que llaman "ovejuno" y que usan sin distinción de sexos todos los Collas puros y mestizos: además un pasa-montaña hecho a punto de media, con lana marrón y negra y que usan los Collas para atravesar la Puna de Atacama durante los grandes fríos invernales: me la donó el señor General don Ignacio de Garmendia.

En el centro se ve una soga o lazo grosero trenzado de lana de oveja y que usan los mismos Collas para atar la carga sobre las llamas. Como complemento de todos estos tejidos, presento una canastita en forma de escudilla, que llaman tipa, hecha con una clase de junco, y en la que, o la inhabilidad del canastero, o la costumbre de hacer intervenir la lana en todas las manufacturas la paja está entretejida y afirmada por medio de lana.

Estas canastas-tipas, que cuando más grandes sirven para aventar el maíz, son industrias no lugareñas, sino generales en los parajes con esteros, así en Tucumán como en Santiago, en Salta, Catamarca y Jujuy.

La pequeña canastita, chabacanamente bordada con lana rosada, es lujo y habilidad de las santiagueñas del pueblo, las que las tejen con la paja que en el norte llaman "paja colorada" y creo también "quincho" y que hacia el sur de la provincia de Buenos Aires se llama "paja voladora". Es del mismo estilo, aun cuando mucho más grosera que las canastitas liliputienses que confeccionan las criollas de Chillán en el sur de Chile.

La otra canasta de juncos más gruesos con manija y con ansas es producto de la industria criolla cordobesa: se encuentra abundante en el mercado de la ciudad.

Es de factura completamente europea: tiene, por lo tanto, su interés, porque, como dije de las ricas alfombras cordobesas, demuestra la menor influencia de las costumbres pre-colombianas y que Córdoba era centro de actividades coloniales hispánicas, directas e independientes de la misma cultura española que venía desde el Perú al través del largo recorrido por entre restos de razas autóctonas.

En mi pequeño ensayo sobre hagiografía argentina encontré ya rastros de diferencias culturales entre las imágenes sagradas de las provincias del norte y de esta mediterránea. Dije que de Tucumán hacia el norte los santos coronados eran escasísimos, mientras que los de Córdoba, aún no teniendo corona, llevaban un agujero para colocarla. Lo que no explicaba entonces bien podría tener explicación ahora diciendo que la influencia y el sabor de monarquía se sentían más fácilmente en Córdoba, centro directo de colonización, que más al norte que las recibían de rebote.

La plancha 10 tiene relación, sobre todo, con la coloración de los tejidos y de cuya materia hemos hablado suficientemente largo en el capítulo anterior.

Las figuras XXXVII y XXXVIII son reproducciones de incisiones aparecidas en México a fines de 1769, copia, a su vez, de dibujos enviados a Carlos V, por Hernán Cortés, sobre los tributos pagados por los pueblos sujetos a Moctezuma y entre los que iba la cochinilla, criada en los cactus nopal y los muchos tercios de mantas y otros tejidos de algodón, pero no se habla del caracol muricido del que extraían la púrpura como los fenicios.

La figura XXXVI es un poncho de rayas tejido en Andalgalá de Catamarca, el que demuestra la ingeniosidad criolla cuando no encuentra o no dispone de materias colorantes. Este poncho tiene rayas negras, pardas, plomo obscuro, cuatro grises diferentes y un amarillo color guanaco, el todo obtenido por lanas de ovejas negras, marrones, y un justo entrevero de esos dos colores y, además, lana de guanaco, con lo que se ha obtenido un lindo efecto de colores sombríos y, seguramente, más indelebles que todas las tinturas. No le rindo la ganancia al que hiciera el hilado tan prolijo de lanas diferentes para después pasarlas al telar: pero se sabe que en los campos del norte el tiempo no constituye moneda.

En la figura XXII de la plancha 8, cerca de un grueso poncho he puesto un ingenioso tejido destinado a sudadero o matra pelera de los caballos. Responde bien a su objeto de esponja absorbente de sudor, porque es un tejido hecho con la gruesa y floja urdiembre del jergón y del puyo, pero en lugar de tener gruesos hilos de lana tiene tan sólo tiras de medias y de camisetas de punto de algodón hechas a máquina en Europa y que una vez gastadas en los talones y en los codos han vuelto a servir para hacer esta curiosa clase de tejido. Lo he encontrado en venta y muy abundante en las talabarterías muy criollas de Tucumán.

La plancha 7 muestra el telar patagónico del que ya hablamos, a propósito de los telares del norte: no necesita, por lo tanto, mayores descripciones de detalles. Pero en la plancha siguiente las figuras XXX y XXXI fijan la clase de tejidos que se acostumbra hacer con ellos.

Ambos son los que vulgarmente se llaman tejidos pampas de dibujos comunes a los araucanos de Chile y a los araucanos de la Argentina que desde la provincia de Buenos Aires fueron poco a poco arrinconados en la Patagonia.

Merecía los honores de una tricromía (ver tricromía N.º 26) el rarísimo poncho araucano de estilo ya perdido entre la gente de esa raza. El tal poncho ha sido tejido todo en blanco y una vez terminado para darle color y dibujo se le han hecho, a iguales distancias, ligaduras de trecho en trecho probablemente con lonjas de cuero fresco muy fuertemente apretadas y que deben haberse apretado, aún más, una vez resecas. Entonces todo el poncho así recogido y atado lo han sumergido en un baño de color punzó, no penetrando el color en las partes tan herméticamente apretadas. Una vez seco se han cortado las ligaduras y aparecen aros que con su tosca y original línea y con magnificencia de su color hacen de ese tejido una lujosa pieza. Tan es así, que el eximio pintor de cosas criollas Ripamonte me lo pidió prestado para cierto cuadro de motivo paisano, recordando a la roja vestidura del Papa Inocencio X, pintado por Velásquez, y diciéndome alegremente: este poncho puede representar la púrpura del paisano criollo.

Tengo otro igual, pero teñido en azul obscuro. Las argollas de ambos, obtenidas con un sistema tan primitivo y tan práctico, podría su-

gerir a ciertos etnólogos que en todo ven rastros antiguos y "traits d'unión", que el círculo tan comúnmente repetido en las alfarerías y piedras de la civilización pre-incásica del norte vienen en línea directa de los aros pintados por la raza llamada de Tiahuanaco: como si el círculo, las líneas en ángulo recto y en zig-zag no fueran los signos comunes de todos los primitivos y hasta de los chicuelos muy tiernos que con un lápiz tratan de imitar la escritura y el dibujo.

En la segunda parte de la primer tricromía van también dos fajas tejidas por las araucanas: una, la más ancha es la especie de estribo que ponen en el pescuezo de los caballos para que desde allí la china que está de viaje pueda subirse a la altísima montura constituída por los cueros de su toldo. La otra, la más delgada está hecha para que sirva de faja de las que usan los indios para sostener su chiripá: está muy finamente tejida y me la mandó hacer mi compadre araucano el cacique Nancuche Nahuelquir con madejas de lana europea ya teñida que yo mismo le llevé. (Tricromías 17 y 18).

En la última tricromía, muy dobladitas para que entraran todas en el conjunto, están tres matras de las que dos son las estrechas que se usan en el norte, con la montura de arzón, y la otra, la roja y blanca, con ciertos dibujos parecidos a cruces, es el sobrepuesto típicamente araucano que usan esos indios sobre su recado. (Tricromías 25, 27 y 28).

La raza tehuelche, que más o menos ha vivido siempre entremezclada con la araucana, debe haber aprendido de ésta el arte de telar, pues sigue servilmente sus dibujos y su urdimbre.

Para los tehuelches es quizás un confort y una cultura obtenida tal vez hace menos de un siglo. Me corrobora esto, primero: que los indios Onas de Tierra del Fuego, indudablemente tehuelches que pasaron el Estrecho, no conocen el arte del tejido, sino las someras bolsas de malla del todo iguales a las que fabrican los más primitivos indios del Chaco, como pueden verse en la figura XXXV de la plancha 9, donde la más chica es bolsa fueguina y las otras tres de salvajes del Paraguay y de Formosa.

En segundo lugar el indio tehuelche jamás usa poncho: su abrigo favorito es el quillango de guanaco, sobado a mano, suavizado con grasa de avestruz, y pintada la parte exterior del cuero con tierras coloreadas que encuentra en las barrancas de sus llanuras y amasan como pastel, por medio de la misma grasa.

He dicho, además, que recién gozan del confort del tejido, el que usan bajo forma de matra en sus primitivas y mullidas camas de cuero de oveja, matras que han venido a sustituir poco a poco la gruesa

sábana de potro o de guanaco sobada y pintada que utilizaban hasta hace unos veinte años.

La figura XXXIV de la plancha 9, representa este muy original y poco confortable "drap de lit" que cada día más escasea en los toldos tehuelches: constituye ya, por lo tanto, una rareza etnológica, sobre todo por sus dibujos, que a pesar de una primera impresión de dibujos pampa, mejor observado podrían recordar a los americanistas unitarios los dibujos antropomórficos incásicos, pero aún más degenerados.

Para terminar con los tejidos vuelvo a llamar la atención sobre la figura XXXII de la plancha 8.

Representa un poncho de lana ordinaria de oveja, tejido por las indias tobas de la misión franciscana de Laishi que me fué donado por el Padre Pedro Iturralde.

El detalle curioso de este poncho es la ingenua y primitiva falsificación por la que la indígena Toba ha creído imitar a la perfección un fino poncho de vicuña. La urdiembre es igual, pero de grano más grueso como condice a la clase de lana y a la cultura primitiva de la indígena: las rayas amarillas de diferentes tonos como los de la vicuña se han obtenido coloreando la lana con algarrobo.

Si la imitación es burda e inconfundible, demuestra, sin embargo, un gran paso de cultura efectuado por los indios de esa misión que desde la primitiva y grosera malla de las bolsas tejidas con "caraguatá" han llegado también a la industria del telar y a saber que el poncho de vicuña es una pieza de lujo.

Me es muy difícil decir cuales son en las provincias del norte los lugares donde la industria del telar es más intensa: primero, porque esta intensidad en realidad no existe y después porque en todas partes aun en las afueras de la ciudad se teje un poco. Sin embargo, así relativamente como en absoluto, puede decirse que Jujuy es la provincia donde la mayor parte de la población femenina, aun no trabajando en el telar, sabe por lo menos el oficio. La guía de esa provincia editada en 1908 dice que, "según los datos del señor José B. Bárcena, una cuarta parte de los habitantes de la provincia vivía antes del tejido: hoy esa industria ha sufrido un descenso considerable con

relación a su importancia anterior. En 1866 se formó en Jujuy, por iniciativa de D. Macedonio Gras, una sociedad por acciones para costear unas máquinas para abatanar los tejidos que se obtuviesen en la Puna y la Quebrada. Se instaló el establecimiento, y después de haber funcionado con éxito, fracasó por haberse marchado el industrial que lo dirigía".

De la misma guía sacamos que los pueblos de Tílcara, Rinconada, Cochinoca, Abra Pampa, Tumbaya, Pumamarca, Yaví, son los departamentos donde la industria y la venta de los humildes tejidos de que ya hemos hablado es más intensa.

En la provincia de Catamarca, según R. Cisternas, "sobresalen los renombrados tejidos de vicuña en Piedra Blanca, Belén y Santa María".

En Salta sobresalen como especiales los tejidos de Molino y Lurocatao.

En Tucumán, Santiago del Estero y La Rioja cada punto donde se teje cree gozar la primacía.

En Córdoba, decididamente los distritos adictos al telar doméstico son los serranos.

Por lo demás, excepción hecha, quizás de Buenos Aires y Santa Fe, por todas partes se teje un poco .

V

A la fábrica de alfombras y tejidos criollos fundada por el gobernador Padilla, en Tucumán, va anexada una sección para la confección de ciertos encajes que allá, a veces, llaman "malla" y más frecuentemente con el vocablo de sabor castellano "randa". Es la "dentelle" que en los términos femeninos modernos se llama "filet".

Dicho filet, está dicho todo: es el encaje de moda para brise-bise, cortinas, manteles de te y de mesa, sábanas, colchas, vestidos de niños, en fin, la aplicación de esta clase de encaje a toda la lencería más fina y más de lujo.

La randa tucumana en tiempo de la colonia se hacía con hilo de Castilla; después, casi hasta ayer, se hizo con el hilo procedente de Inglaterra, de Francia y de Alemania: hoy que los carreteles de esa procedencia cuestan hasta 40 centavos cada uno, vuelve ya la randa tucumana a hacerse con el bueno y clásico hilo de Castilla.

Es, por lo tanto, el encaje tucumano bien de abolengo y bien de moda.

Bien de abolengo, pues el trabajo de ese encaje fué iniciado y enseñado a las educandas por las monjas de los conventos de Lima; cierto es que, a pesar de un origen de educación tan cristiana su aplicación fué tan exagerada que contra la randa peruana chillaron monjas, curas y obispos. Y no era para menos: las limeñas de la época del virreinato usaban modas un tantico más atrevidas que las actuales: pollera muy ancha de seda, que cuando mucho llegaba a dos dedos arriba de la rodilla (digo arriba) y desde allí, hasta el tobillo, descendía, rica y transparente, la randa fabricada en los conventos de las castas monjitas. Pero no era en la randa donde se condensaba el lujo, sino en las ligas que, bien visibles, debían ser bordadas en oro y con muchas perlas.

Y las damas porteñas que tienen el culto señorial y fino de la riqueza de los dessous, ahora que Mme. Taris, la Maison de Blanc, la Cour Batave, Simón Soeurs, la Géré no pueden cumplir con los encargos, bien pueden esas damas argentinas hacer su pedido de filet a las randeras tucumanas o a la escuela oficial de esa ciudad.

Se me ocurre que si se dirigen por nota al gobierno tucumano,

el señor gobernador, tan deseoso de dar empuje a esa buena y elegante industria de la tierra hará apurar la tramitación como urgente.

Tengo entendido que el paraje de aquella provincia, donde prospera más la fabricación de la randa es en el departamento de Monteros. He visto y admirado amplios cortinados de randa que, entre elegantes arabescos y flores, representaban ciervos, guanacos y figuras humanas.

No alcanzó hasta ellas mi modesto bolsillo y presento, por lo tanto, en las figuras XXI y XXII un simple y primitivo escote de camisa, una cortina angosta y un amplio cortinado destinado a los espejos de los viejos tocadores, ya en desuso para ese destino y que ahora solemos ver tan sólo en el último acto de la Dama de las Camelias y de la Traviata.

Por entre las flores de este último, asoma en el centro algo del sabor de la tierra: la greca incásica que lo individualiza y lo diferencia del filet europeo.

Me parece excelente cosa en este momento de rebeldía de presos, hacer figurar al lado de la lujosa cortina de randa una puntilla y una carpeta, hechas a punto de media, por los condenados que descuentan su pena en la cárcel de Tucumán. Es una labor mansa, modesta, de gente quieta y resignada que dice claramente la disciplina y el espíritu de la Constitución, que para honra del gobierno tucumano, flota en ese ambiente.

Buenos Aires y 4 del mes de Junio del año 1916.

BIBLIOGRAFIA

"Histoire des voyages et conquestes des Castillans dans Indes Occidentales d'Antoine Herrera", traduit par R. de la Coste.—París, 1660.

"Escrituras de servicio de 24 millones que el reino hizo a su Majestad".—Madrid, 1734.

"Relación histórica del viaje a la América Meridional", por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—Madrid, 1748.

"Historia de Nueva España".—México, 1769.

"La historia del Perú", por el inca Garcilaso de la Vega.—Madrid, 1722.

"Storia filosófica e política del commercio degli europei nelle due Indie", por Raynal, traducción de Remigio Pupares, sin pie de imprenta.—18 tomos, año 1776.

"Les Incas", por M. Marmontel.—París, 1777.

"Reglamento para el comercio libre de España e Indias".—Madrid, 1778.

"Diccionario Geográfico e Histórico de las Indias Occidentales o América", por A. Alcedo.—Madrid, 1786.

"La Florida", por el inca Garcilaso de la Vega.—Madrid, 1829.

"Historia de la Florida", por Cárdenas.—Madrid, 1829.

"Descripción de la Confederación Argentine", par M. de Monssy.—París, 1860.

"Historia física y política de Chile", por C. Gay.—París, 1865.

"La República Argentina", por R. Napp.—Buenos Aires, 1876.

"Los últimos 4 años de la dominación española", por F. Sagui, 1874.

"Historia del Perú", por S. Lorente.—Lima, 1871.

"Historia de la Argentina", por J. García Al-Deguer.

"Cuarta memoria de la Sociedad Industrial del Río de la Plata para fabricación de tejidos de lana".—Buenos Aires, 1875.

"Plantas textiles", por Rafael Hernández.—Buenos Aires, 1900.

"Guía ilustrada de la provincia de Jujuy".—1908.

"El primitivo obispado del Tucumán", por F. Toscano.—Buenos Aires, 1906.

"Ensayo sobre etnología argentina", por P. Cabrera.—Córdoba, 1910.

"Documentos del archivo de Tucumán, 1800-1812", por A. Larrony.—Buenos Aires, 1910.

"Documentos para la Historia de la República de Bolivia", por M. Ballivian.—La Paz, 1906.

"Los hombres venidos del norte", por E. Maldones.—Catamarca, 1911.

"Manuel d'Archeologie Americaine", por H. Beuchat.—París, 1912.

"La monarquía peruana", por J. Cabral.—Buenos Aires, 1913.

"Actos oficiales", por J. B. González.—Córdoba, 1916.

"Enumeratio plantarum sponte nascentium agro montevidensi", por E. Gibert.—Montevideo, 1873.

"Observaciones sobre la vegetación de Tucumán", por G. Hyeronimus.—Buenos Aires, 1874.

"Excursión a la sierra de Córdoba", V. A. Espejo.—Buenos Aires, 1870.

"Flora Argentina", por G. Hyeronimus.—Buenos Aires, 1886?

"Flora Argentina", por C. Bettfreund y F. Burmeister.—Buenos Aires, 1898.

"Contribución al conocimiento de árboles de la Argentina", por S. Venturi y determinación de M. Lillo.—Buenos Aires, 1910.

"Apuntes de flora catamarqueña", por R. Cisternas.—Catamarca, 1915.

"Anuario de progresos tecnológicos", por J. Canalejas y Casas.—Madrid, 1863.

"El cultivo del añil y del nopal", por J. Rossignon.—París, 1869.

"Pequeñas industrias domésticas", por G. Gironi.—Madrid, 1881.

"Manual del tintorero de trapos", por D. Martínez Bueno.—Valladolid, 1884.

"Manuale del tintore", por G. Gorini.—Milano, 1875.

"Tessitura", por G. M. Berliat.—Milano, 1890.

"L'Art Indien", por M. Maindron.—París, 1898.

"La Tapicería", por E. Muns.—Madrid, 1899.

"Filatura del algodón", por G. Beltrami.—Barcelona, 1911.

"L'Arte dell'Arazzo", por G. B. Rossi.—Milano, 1907.

"Industries des poils et fourrures", por F. Beltzer.—París, 1912.

"Studio microscopico e chimico pel riconoscimento delle fibre vegetali, lane, peli, etc.", por Alessandro Solaro.—Milano, 1914.

"Irish Homespun", por Hamilton.—Dublin, 1914.

DESCRIPCION DE LAS ILUSTRACIONES

TABLA 1.ª

Figura I.—Telar griego, egipcio y de alto lizo. Hiladora indostánica y punto de costura de gobelinos usado también por los incas.

Fig. II.—Momia incásica de recién nacido.

Fig. III.—La misma, con las espigas de maíz encontradas en el sepulcro.

Fig. IV.—Molde de madera para marcar dibujos en el tejido incásico.

Fig. V.—Instrumentos de tejer usados por los incas e indígenas de la Patagonia.

TABLA 2.ª

Fig. VI.—Tejidos incásicos de algodón: el de trama más gruesa tiene mezcla de lana de guanaco.

Fig. VII.—Fibra gruesa de tejido grosero incásico.

Fig. VIII y IX.—Trama y urdimbre de algodón de un tejido incásico color marrón.

TABLA 3.ª

Fig. X.—Dibujo esquematizado de un tapiz hispano-árabe.

Fig. XI.—Sobre-cama, fondo de punto canneté y dibujos en moqueta sin recortar.

Fig. XII.—Id., íd.

Fig. XIII.—Alfombra felpuda al estilo tapiz oriental.

TABLA 4.ª

Fig. XIV.—Alfombrita felpuda para llevar a la iglesia, estilo autóctono.

Fig. XV.—Id., íd., al estilo europeo.

Fig. XVI.—Alfombra hecha sobre etamine y con bastidor.

Fig. XVII y XVIII.—Sobre-camas con fondo de lana de vicuña tejido en punto de ponchos, bordados en relieve en alta lana.

TABLA 5.ª

Fig. XIX.—Tiradores finamente bordados sobre tafetán de principios del siglo XIX.

Fig. XX.—Tejido correntino de algodón con el cribo para calzoncillos de paisano.

Fig. XXI y XXII.—Algunos encajes de randa tucumana. Figura XXI a la izquierda: carpetita y fleco hecho por presos, a punta de media.

TABLA 6.ª

Fig. XXIII.—Picote jujeño y sábana gruesa italiana.

Fig. XXIV y XXV.—Tejidos del norte: de derecha a izquierda: 1.º barracano; 2.º picote blanco; 3.º picote obscuro; 4.º y 6.º picote fantasía; 5.º barchila; 7.º poncho toba y 8.º poncho fino de hilo.

Fig. XXVI.—Frazada casi punto de jergón y sin abatanar.

Fig. XXVII.—Sombrero de fieltro llamado ovejuno; pasamontaña Colla; soga de lana; canastita santiagueña; arriba: canasta "tipa" y canasta con manijas de Córdoba.

TABLA 7.ª

Fig. XXVIII.—El telar patagónico.

Fig. XXIX.—Familia tehuelche que maneja el telar.

TABLA 8.ª

Fig. XXX.—La matra pampa.

Fig. XXXI.—El poncho pampa.

Fig. XXXII.—Poncho de lana de oveja de los indios tobas reducidos. A la izquierda: un sobrepuesto Pelero tejido con tiras de media.

Fig. XXXIII.—Jergones ordinarios del norte.

TABLA 9.ª

Fig. XXXIV.—La sábana de los indios tehuelches, cuero de potro sobado y pintado.

Fig. XXXV.—La única clase de tejido entre los fueguinos y algunas tribus de indígenas del Chaco.

Fig. XXXV A.—Las combinaciones del dibujo triangular incásico se repiten frecuentemente en los tejidos del norte.

TABLA 10.ª

Fig. XXXVI.—Un poncho de varios colores sin tintas.

Fig. XXXVII y XXXVIII.—Los productos tintóreos y mantas, tributos pre-colombianos de los habitantes de México.

TRICROMIAS

Desde el 1 al 16: tejidos incásicos.

1 — tejidos del uncú o camisa de inca. 2 — figuras sobre algodón bordadas en punto de cadeneta. 3 — los dibujos de combinaciones triangulares repetidos en tejidos modernos. 4, 11 y 15 — aplicación engarzada de dibujos sobre tejidos. 7 — dibujos estampados. 6 y 8 — vinchas embutidas. 12 — tejido con dos derechos. 10 — con un solo derecho. 5 — tejido que llamo en damero. 14 — vincha a punto de media: probablemente del mismo punto de la tela de Penélope. 17 — faja moderna araucana. 18 — faja estribo moderno araucano.

TRICROMIA 19

Frazada sin abatanar, velluda y de trama floja. (Tucumán, Salta, Córdoba).

TRICROMIA 20

Frazada en trama de jergón. (Tucumán).

TRICROMIA 21

Tapiz de los valles de Catamarca. Dibujo del ángulo quizás reminiscencia antropomórfica incásica.

TRICROMIA 22

Rica alfombra cordobesa.

TRICROMIA 23

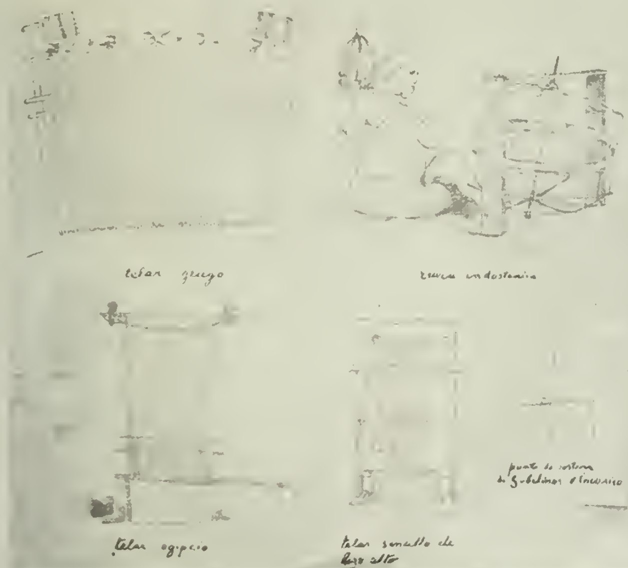
Alfombra de estilo bien incásico.

TRICROMIA 24

Sobre-cama de dibujos primitivos.

TRICROMIAS 25 al 28

26 — poncho araucano. 25 — sobrepuesto araucano. 27 — sobrepuesto tucumano. 28 — sobrepuesto cordobés en punto moqueta.

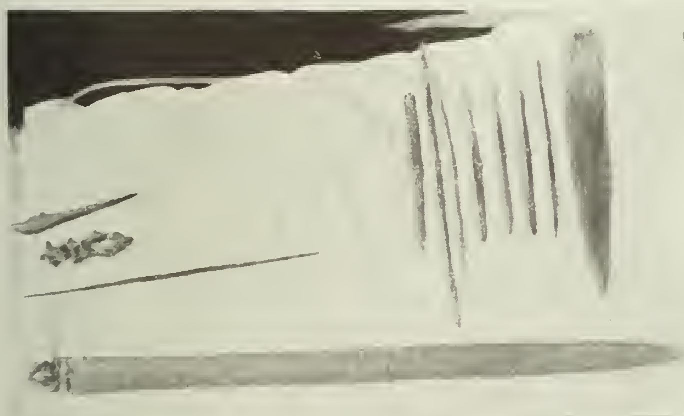


I



II





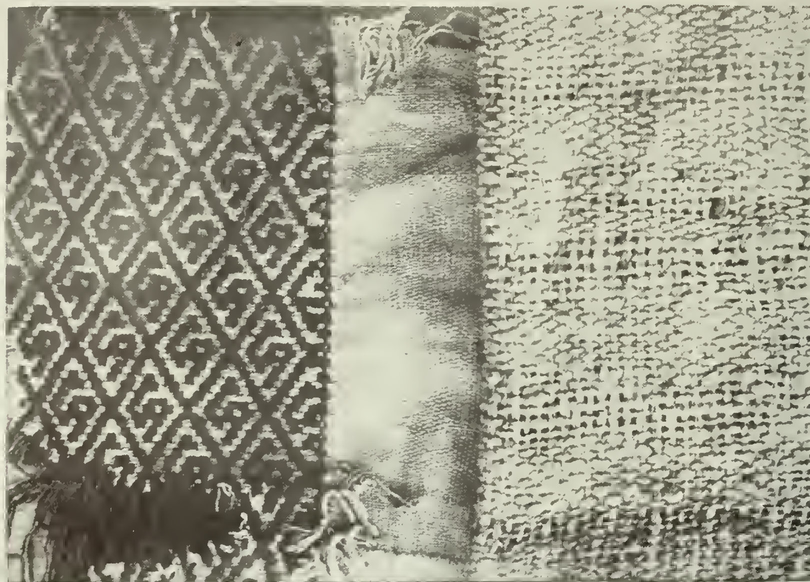
V



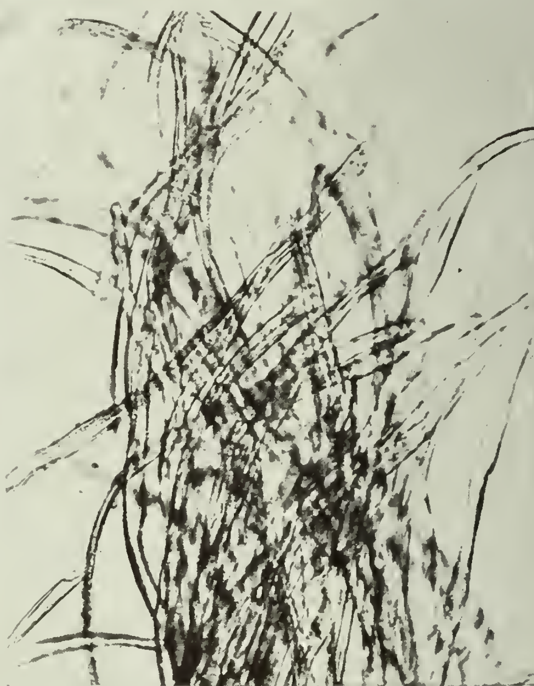
III



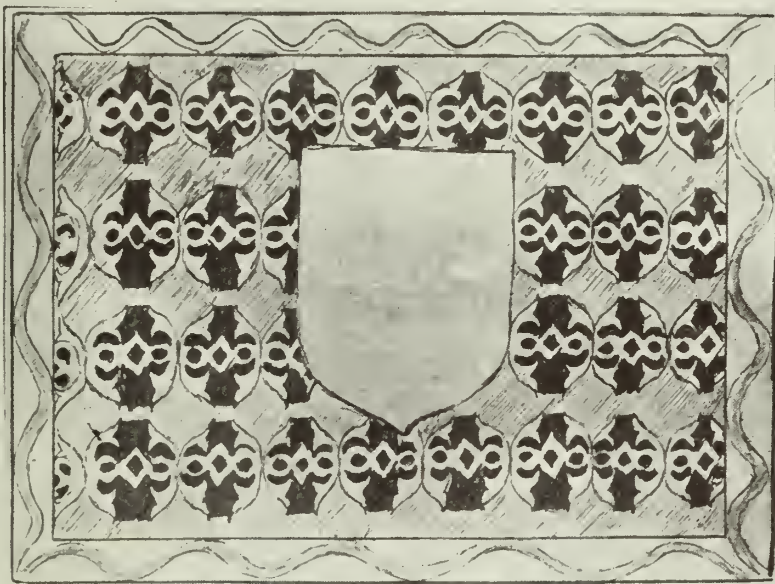
IV

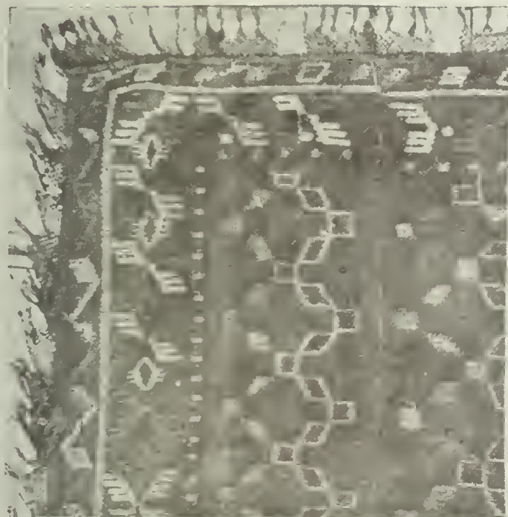

VI


VIII


IX


VII


X

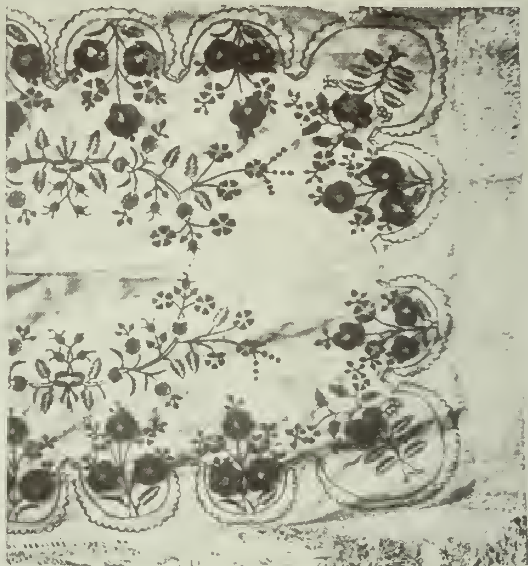

XI


XIII

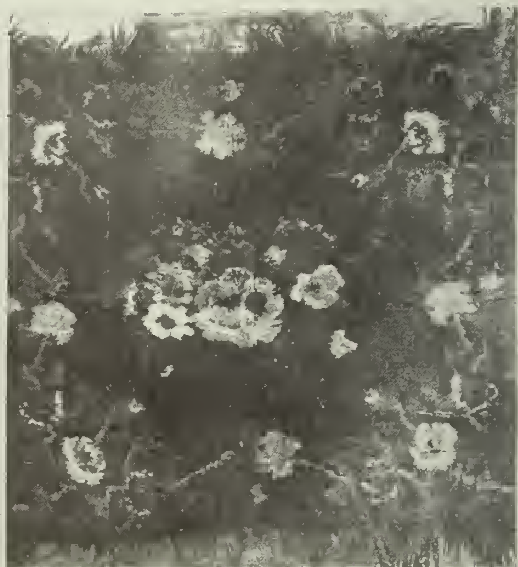

XII



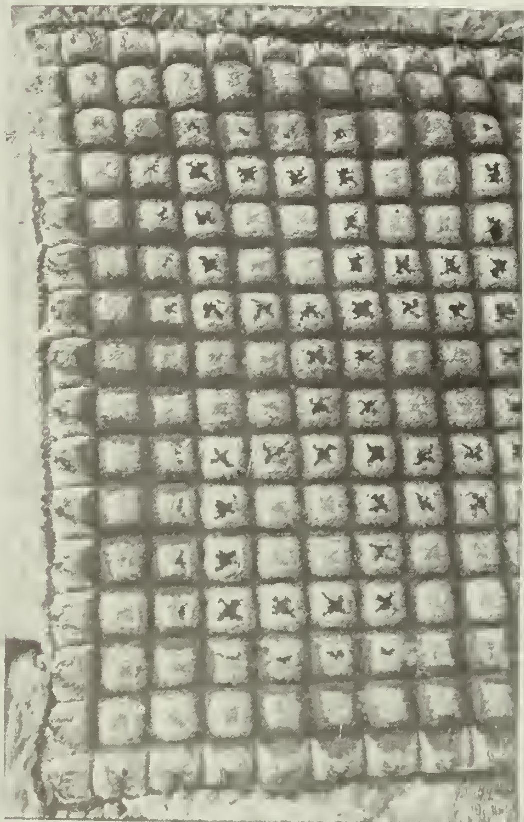
XIV



XVII



XV



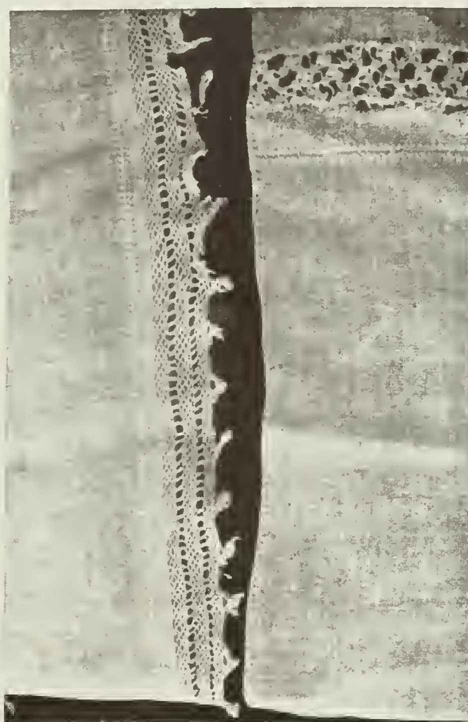
XVI



XVIII



XIX



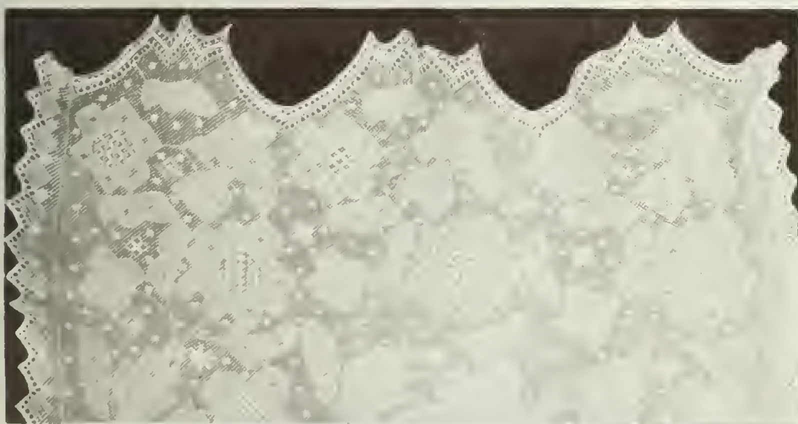
XX







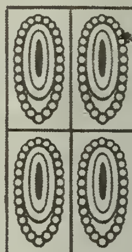
XXI

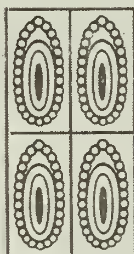




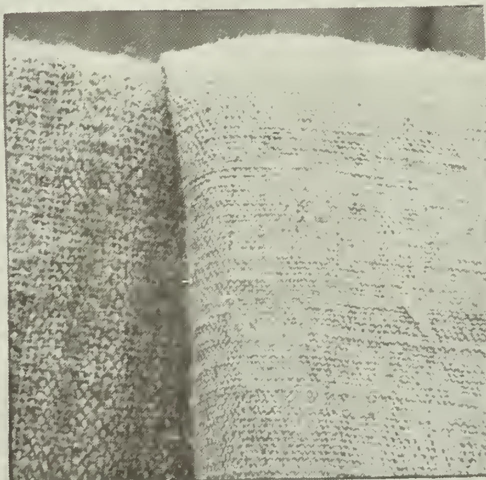
XXII

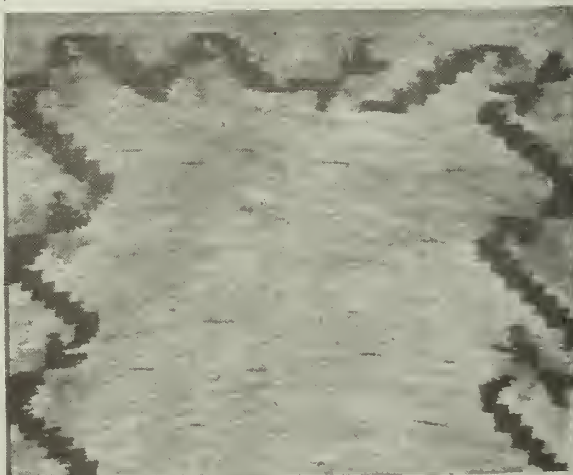

XXVII






XXIV — XXV


XXIII


XXVI



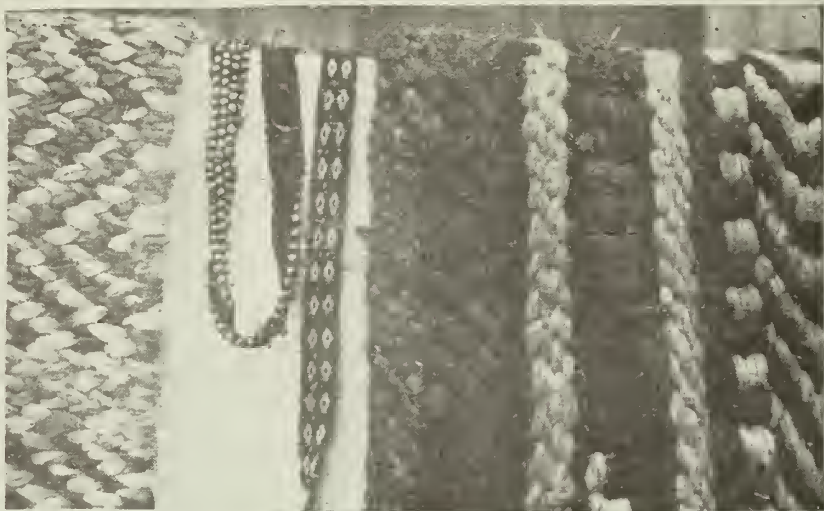


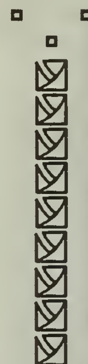
XXVIII



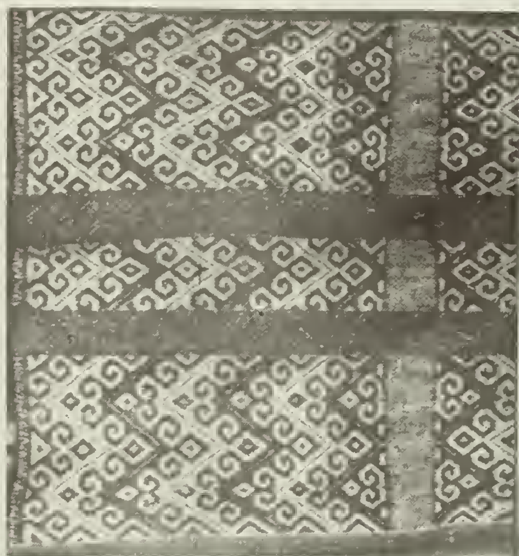


XXIX

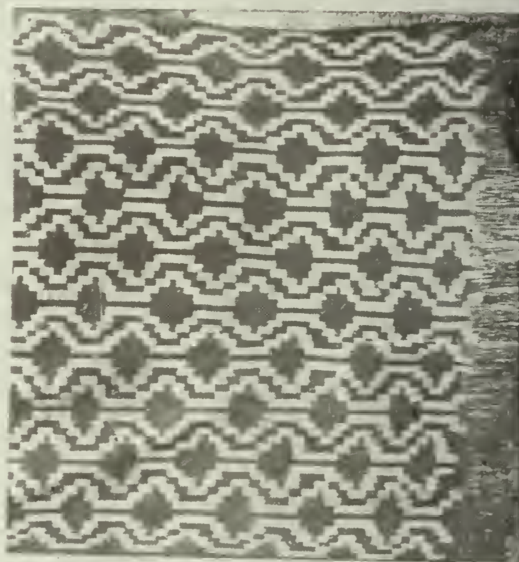




XXXIII

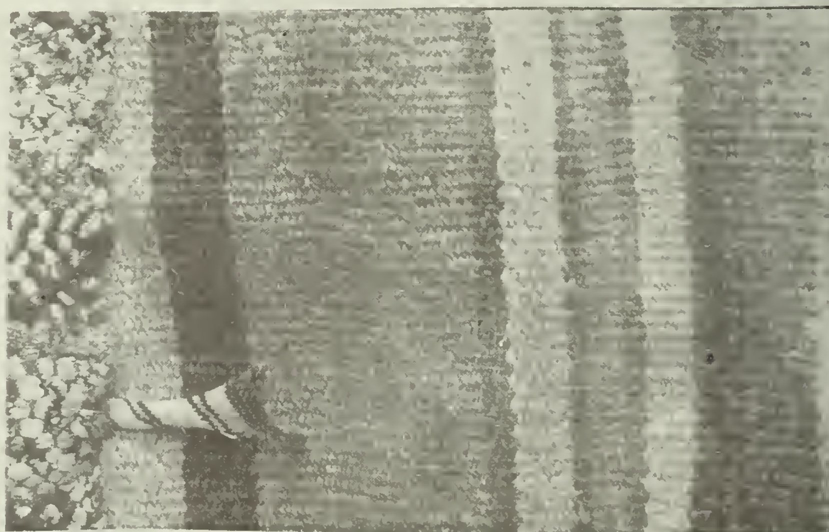


XXX

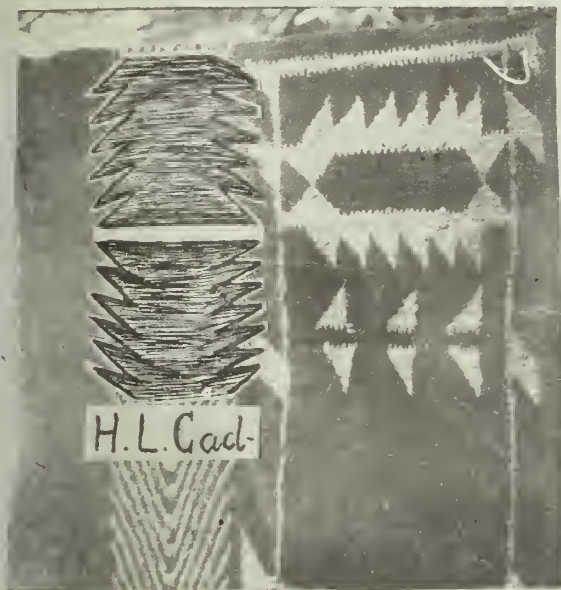


XXXI

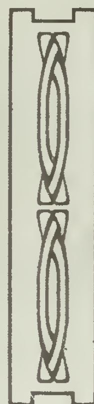




XXXII



XXXV A









XXXV





XXXIV



XXXVI

Coatl.
Culebra.

Quauhtli.
Aguila.

Xoconoxco.

Nopal ô Higuera de Indias.

XXXVII

Pueblos figurados en esta Orla.

Cohuaxtlauaca

Temazula

Tepozcolula, y otros

XXXVIII



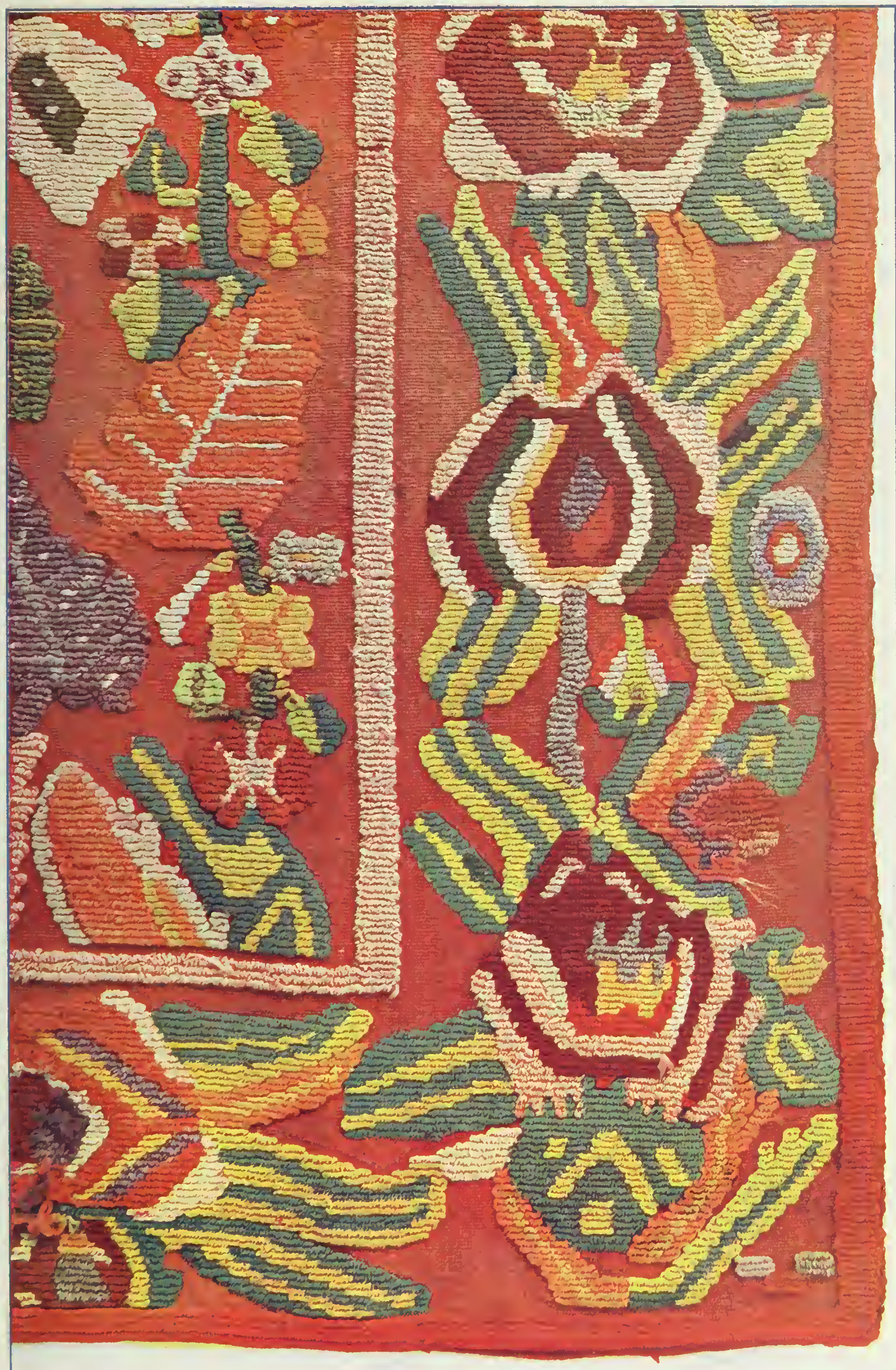
Del N.º 1 al 18



N.º 19



N.o 20



N.o 21



N.o 22



N.o 23



N° 24



N.o 25
N.o 27

N.o 26
N.o 28

